

gulliver

en la ciudad de las letras

2



&

AUTORIDADES

- Jefe de Gobierno

Dr. Aníbal Ibarra
- Vice Jefe de Gobierno

Sr. Jorge Telerman
- Secretario de Cultura

Dr. Gustavo López
- Subsecretaria de Patrimonio Cultural

Arq. Silvia Fajre
- Subsecretaria de Gestión e Industrias Culturales

Lic. Stella Puente

Responsable Prensa y Difusión

Mariano Perla

Responsable Publicidad y Auspicios

Gustavo Lichinchi

Coordinadora General Casa del Escritor

Prof. Manuela Fingueret

STAFF

Editora Responsable

Lic. Stella M. Puente

Directora

Prof. Manuela Fingueret

Jefe de Redacción

Guillermo Piro

Equipo de Producción

Carlos Bernatek, Luciano Bonati
Griffiths, Débora Caruso, Vanina
Escales, Gabriela García Cedro.

Grabado de Tapa:

Fürs Haus, Ludwig Richter, 1858

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite

Editorial	5
Narradores de la reserva	7
Rosana Gutiérrez	Ascenso social8 Mondongo marsupial9 El fratacho de Buonarotti era coreano10 Realismo mágico for Ever10 De cuando el jacuzzi sufrió desperfectos técnicos11
Juan Bautista Duizeide	De Indias13
Federico Levin	Cordero16 Estómago18
Fredric Brown	Imaginá20
Animalario	21
Ambrose Bierce	La tripulación del bote de salvamento22 Los dos caballos22 El león y la espina22 El ankuto pila23 Los donguis26 El cubilete de dados33 La cebra cuentista36 El gato37 La mentalidad de las bacterias39 Ysur41
Relatos del diablo	47
Jacques Cazzote	El diablo enamorado47
Fredric Brown	Atención a la figura (Aprender geometría)48
Ramón Gómez de la Serna	Peor que el infierno49
Silvina Ocampo	Informe del cielo y del infierno50
Poesía	51
Pedro Favarón	Canto primero52 Rostro luminoso53 Lo que siempre estuvo54
Ana Porrúa	La piel57
Adelanto	58
Fernanda García Lao	“Advertencia sobre mi vida” y “Cerca del plato”59
Trailers	61
Dossier	68
Notas biográficas	78

Editorial

Gulliver sigue su itinerario mágico por la ciudad de las letras. Una sección, *Narradores de la reserva*, parece que quiere conformarse como una especie de referente en lo que respecta a la narrativa inédita que se escribe en la ciudad, laboratorio donde los narradores de mañana ensayan y ponen a prueba nuevos modos de contar. Entre ellos, Duizeide, ganador del Premio Julio Cortázar del año 2004, cuya *nouvelle* fue publicada por Alfaguara, ha dejado, a ciencia cierta, de ser un inédito, pero eso no quita que siga formando parte de la “reserva” literaria que con toda seguridad tendrá un papel preponderante en los años próximos.

En el *Animalario* el lector atento encontrará precisamente eso, un pequeño bestiario, heterogéneo y delirante, de relatos, de autores argentinos y extranjeros, que tienen como punto de apoyo precisamente eso, el animal, desde el gato doméstico y real al dongui inefable y fantástico.

Ya en el diablo de Jacques Cazotte su figura malféica sufre una transformación: un diablo enamorado es algo más o algo menos que un diablo entendido literalmente. Un breve pasaje de *El*

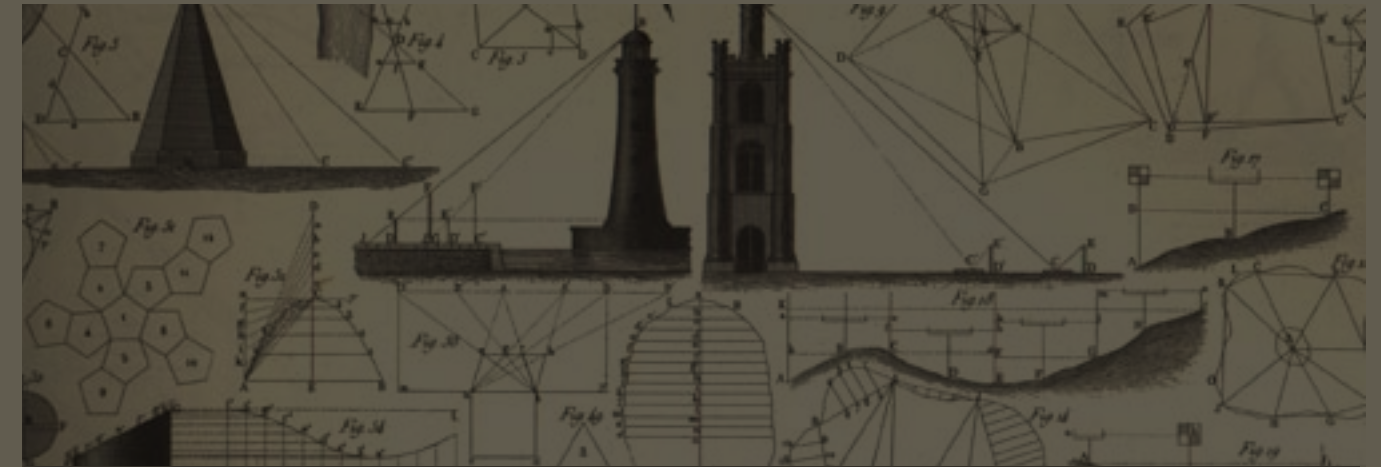
diablo enamorado sirve de puerta de acceso, entonces, a otra muestra igualmente heterogénea en donde el diablo (¡Belzebut!) parece vestirse con las ropas de un Virgilio que nos lleva de la mano a un paseo noctámbulo, divertido.

Dos nuevas secciones abren paso a la poesía y a los adelantos. Fernanda García Lao fue finalista del premio Julio Cortázar, organizado por la Casa del Escritor, del año 2004, y su nueva novela fue recientemente publicada este año por la editorial El Cuenco de Plata.

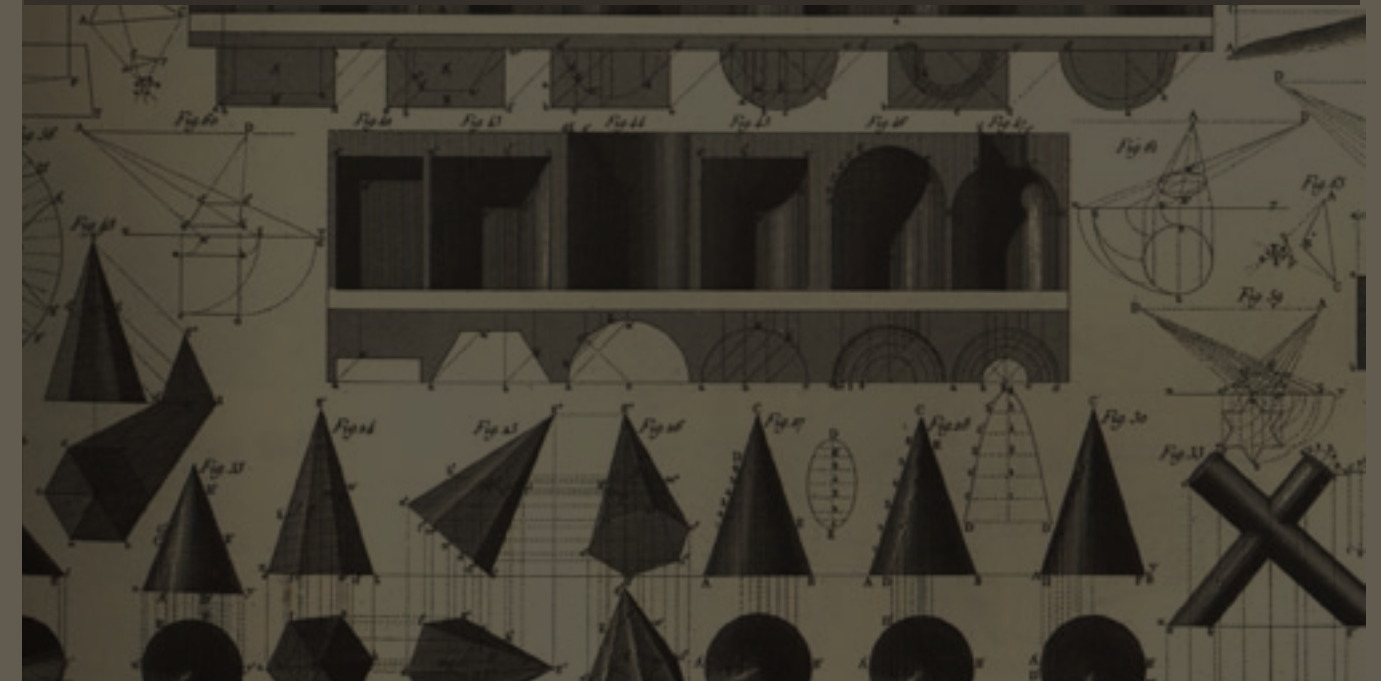
Y como siempre, los *Trailers*, los libros que cuentan presentados por sus propios editores.

Todos lo recuerdan: en sus tribulaciones viajeras Gulliver no deja de experimentar nuevas sensaciones y, sobre todo, de aprender algo. Lo que este **Gulliver** (el nuestro, la revista) intenta es lo mismo: que los lectores se entreguen a la aventura de leer y, de paso, aprendan que esa aventura es irremplazable, ineludible, que tarde o temprano uno se entrega a ella. Y que esa entrega es lo mejor que podía haber-nos ocurrido.

Gustavo López



Narradores de la reserva



Ascenso social

❖ Matildo vivía dentro de una heladera. Pero no una heladera cualquiera, sino una Siam de esas que tienen una manija que al accionarse hacia abajo abre la puerta.

Por eso, antes de instalarse allí, tuvo la precaución de invertir la puerta, es decir, que la parte de afuera estuviese hacia adentro y de ese modo poder entrar y salir cuando le diese la gana. Claro que cuando salía tenía que dejar la puerta de la heladera abierta y a merced de ladrones, pero era un riesgo que debía correr ya que de otro modo no podría volver a entrar nunca más, con la consecuente desgracia de ser un tipo sin hogar ni futuro. Y si algo le preocupaba realmente a Matildo era sentirse seguro en cuanto a su proyección de una vida con las necesidades básicas satisfechas.

No es fácil sentirse a salvo cuando el mundo está lleno de seres inescrupulosos que sólo pretenden la acumulación de riquezas a expensas de gente honrada como Matildo.

Una vez, al regresar, encontró que le faltaban tres huevos de la media docena que tenía. Los buscó por todas partes, en la crispera de la carne, en el congelador, en el cajón de las verduras. Pero no hubo caso, los huevos no aparecieron. Comenzó a dudar de un vecino que vivía dentro de una cocina y decidió vigilar sus movimientos día y noche.

Tan concentrado en esa tarea estuvo que olvidó comer e incluso dormir y al cabo de un tiempo terminó internado en una enorme

alacena y a punto de morir.

Fue allí donde conoció a una mujer de vida ligera, tan

ligera que en poco tiempo había alcanzado los 98 años. Así y todo a Matildo hubo algo que lo fascinó de tal manera que no pudo dejar de pensar en ella ni por un momento y decidió proponerle, al salir de su convalecencia, un concubinato con contrato de desalojo en caso de que alguna de las partes no estuviese conforme.

Ella aceptó de inmediato, ya que vivía dentro de un lavarropas que era un tanto pequeño y además tenía problemas con la función de centrifugado.

Dichos problemas consistían en que el lavarropas, que no era un lavarropas cualquiera sino un Drean automático de última generación, tan automático que andaba cuando se le daba la gana, por la noche, las mañanas o las tardes. Y Carlota, que así se llamaba la mujer de vida ligera de la que Matildo se enamoró perdidamente, estaba cansada de girar y girar y muy contenta se fue a vivir a la Siam, llevando por todo equipaje medio kilo de manzanas deliciosas, 100 grs. de salame y una reproducción del cuadro de Van Gogh de los girasoles.

Vivieron juntos y felices durante un año hasta que ella se murió a la edad de 128, ligera, así como llegó.

Matildo cayó en una profunda depresión que

**Ella aceptó de inmediato,
ya que vivía dentro de
un lavarropas que era un
tanto pequeño y además
tenía problemas con la
función de centrifugado.**

le ocasionó también una crisis de ansiedad y hemorroides que curaba con baños de malva y dieta rigurosa.

Adalberto, que así era el nombre del vecino que vivía en la cocina, en realidad no era mal tipo, pero tenía un vicio de los más graves: coleccionaba gorriones a los que pintaba con témperas de diferentes colores simulando otras variedades de pájaros. Esta actividad le llevaba la mayor parte del tiempo y demasiados problemas. Teniendo en cuenta que todos ellos estaban encerrados en el horno para que no escaparan, la alimentación de Adalberto consistía únicamente en productos frescos y de vez en cuando alguno cocinado a hornalla. Fue así que un día, al ingerir unos repollos (que en realidad eran lechugas pintadas con materiales altamente tóxicos que simulaban repollos), se agarró una diarrea que le provocó la muerte inmediata.

Los pájaros murieron también. Pero en este caso, algunos por los efectos nocivos de los pigmentos sintéticos en sus plumajes, otros de viejos y otros por tristeza.

Matildo, que era una persona de bien, se encargó del sepelio de su vecino, limpió escrupulosamente la cocina y la anexó a su heladera y al lavarropas que había heredado de su difunta concubina, derribando las paredes laterales de cada uno de ellos, y se compró una Pentium 5 con acceso a Internet gratuito.

Hoy tiene un loft y muchos amigos que viven en microondas, freezers y licuadoras de sitios lejanos con los que se conecta mediante correo electrónico intercambiando experiencias de vida y se siente muy feliz. ♦

Mondongo marsupial

❖ Manuel me mata. Mete mano muy mansamente. Muerde mis mamas, me mandonea: –¡Mojate más! ¡Masturbate! –me meo mirándolo–, ¡mejor manoseame, mimosa!

Meticulosamente, mete metralla. Mmmm, magnum majestuosa...

–Metémela más, más, más...movete, mucho...

Me muestra manchas marrones.

(¡Mierda! ¡Malaventura macabra, molesta!)

–Me molan menstruando. Más morbo me manda. Mi muchacho macizo, mucho músculo, me muerdo... murmuro.

–¡Montame, machote mío! ¡Machacamelá!

–¡Mala mina, me malacostumbrás! ¡Mamamelá, Madonna mía!

Mientras, mi madre maldice:

–¡Manolarga, macarra, malviviente, mentiroso! ¡Mantenete más mesurado!

¿Mi Manuel mentiroso? ¡Mala mujer, malográs mi momento!. Mañana me marchó.

Manguearé maletas. Marruecos, México, Marsella, Morón, me mostrará Manuel.

Mil maravillas más. Me mudo. Mando mierda, mamá. Me manijé mal.

Manuel marcó mi marote. ♦

El fratacho de Buonarrotti era coreano

❖ No era Malva, era Malba y tenía nombre de museo, aunque no era museo sino ser humano. De todos modos nadie parecía comprenderlo y cada uno que se cruzaba en su camino le preguntaba sobre horarios, visitas guiadas y precios de tickets. Incluso había varios que la obligaban a sentarse en las escalinatas del MNBA a charlar sobre arte rupestre o neorrealismo húngaro. Malba, luego de mucho pensar en su futuro y el fin que el destino había signado para su vida, se dedicó al *bodyart* y empezó a ponerse en pelotas ante grandes auditorios, mientras que un locutor recibido en el COSAL contaba la historia de El Greco, de Brueghel o de Federico Klem. El negocio no dejaba grandes dividendos así que en las siguientes funciones Malba comenzó a dejarse recorrer. De todas maneras, los amantes del arte se iban bufando por lo caro del precio de la entrada y siempre salían de Malba protestando por alguna cosa. “Que el cuadro está torcido, que eso no es arte, que aquella instalación está mal iluminada, que no entendí una mierda y que esto y que lo otro.” Entonces Malba tomó una decisión importante. Se cambió el nombre y empezó a hacerse llamar Alto Shopping Palermo. Y comenzó a irle considerablemente mejor. ♦

Realismo mágico for Ever

❖ Ever solía levitar. Algunas veces le lloraban los ojos y le salían lágrimas de jugueto de guiso de mondongo. No sabía bien por qué hasta que le explicaron que eso se debía a que él era un personaje de un cuento de Isabel Allende. Se puso contento porque creyó que era famoso pero poco le duró la alegría. A las pocas horas se le empezaron a caer los dientes. Conforme caían, los mismos se convertían en diademas aladas que se piantaban volando ante el menor espasmo. Y entre una cosa y otra empezaron a aparecer animales mitológicos que eran como basiliscos o tortugas canadienses. Se preocupó bastante cuando empezó a llover fuego y sucedieron cosas extraordinarias como por ejemplo que la máquina de pochoclo no ahumaba o que Racing salía campeón del campeonato de ese momento. Momento que era más bien atemporal porque no había referencia alguna que pudiese ubicar la historia, por más buena voluntad que uno le pusiera. Excepto por Manrique. Sí. Manrique era el presidente de Racing y además era amigo de los jubilados pobres. Igual que América González y Amalia Fortabat. Por consecuencia había prode y Ever se lo ganaba cada vez que podía. Pero con la deducción de impuestos le quedaba poco, así que igual tenía que seguir trabajando. Trabajaba de ovejero alemán para la policía y cazaba ladrones, asesinos y paquetitos endrogados en los aeropuertos y estaciones de ómnibus. Hacía guardias detrás de los changuitos de la Feria del Libro. De 15 a 21 hs, las hacía. No le pagaban mucho pero lo dejaban leer. Leía a García Márquez. ♦

De cuando el jacuzzi sufrió desperfectos técnicos

❖ (Con el valioso estímulo de dos tostados y dos cocas (una *light*), cortesía de la casa.)

–¡Qué linda habitación! Y tiene jacuzzi...
–Claro, ¿qué creías, que te iba a llevar a cualquier piringundín del orto, mi reina?
–Ay, Cholo, ¡sos un dulce...!
–Vení, vení gatita, decímelo como vos sabés, dale que el tiburón está que se sale de la pecera.
–Sí, bichi, pero primero vayamos al jacuzzi, dale, que nunca estuve en uno, sé buenito papi, dale, vamos a llenarnos de espumita. Vení que hacemos nadar al tiburoncito.
–¿Sí? ¿Y qué más?
–Le doy pescaditos para que coma.
–Mmmm, me vas a matar perra, andá abriendo la canilla y sacate la ropita que demientras voy al borsi.

.....

–Cholo, papurri... ¡no sale agua!
–¿Qué?
–Que no sale agua. Vení y fijate cuál es el botón que hay que apretar.
–Ya voy, callate que me cortás el chorro, cosita.

.....

–Sí, no sale agua. Y bueno, nimporta, vamua la catrera que es más mejor, después de todo muchas ganas de mojarme no tenía...
–Pero yo sí.
–Vení mamaza, que yo te mojo toda, te mojo.
–No.
–¿Cómo que no?
–No voy. Quiero estar en el jacuzzi.
–¿Y qué catzo querés que haga, abombada?

¿Qué te crees, que soy ingeniero hidráulico yo?
–No sé, pero yo quiero jacuzzi.
–No te hagás la estrecha, veni pa’cá que estoy como una papa. Mirá, mirá como la tengo, parece que va a explotar.
–No, no y no. Quiero jacuzzi, quiero jacuzzi. Sin jacuzzi nada.
–¡Pero me cago en tu puta madre! A la final a qué vinistes, ¿a bañarte o a garchar?...
–¡Qué bruto que sos!
–Pará tontita, pará, no llores...
–Si no querés que lllore arreglame el jacuzzi.
–Ta bien, voy a hablar con Alfredito.

.....

–Oíme Alfredo, acá tenemos un problema con el jacuzzi, no sale agua, no sé qué pasa. Fijate si nos das otra habitación... ¿Que está todo completo? Bue... mala suerte. Mamita, parece que no va a poder ser, dale, sacate la blusita, mostrale a papi esas tetitas hermosas que vos tenés.
–No.
–¡Me cago en dios! ¿Qué mierda querés ahora?
–Quiero jacuzzi.

.....

–Alfredo, a ver si me solucionás este problema, por favor, que la tarada esta es terca como una mula y sin jacuzzi no entrega... Ta bien, espero.

.....

–Me dijeron que en un rato lo solucionan. ¿Qué te parece un pete demientras?
–Ta bien, pero chiquitito.
–Mmmm, que boquita, mamá, sos la mejor,



putita preciosa, correte el pelito, dale que te quiero ver esa trucha. Dale, así, así, seguí, mmmmm, cométela toda, perrita...

.....

–¿Y ahora qué te pasa?

–Nada, escuché que golpeaban la puerta.

–Nah, era yo que estaba gozando como un cerdo.

–No, es la puerta, ¿no escuchás?

–Uh, sí, parece que es la puerta.

.....

–Buenas noches, Artemio Torres para servirles.

–¿Y usted quién corno es?

–El plomero, vengo por el service del jacuzzi.

–¡Me cago en Satanás! ¿No ve que estamos en pelotas? ¡Vos tapate, boluda!

–Me mandaron de conserjería.

–Dejalo, papucho, dejalo arreglar el jacuzzi.

–¡Mierda santa! No se puede creer esto... ¿Y va a tardar mucho?

–No sé, primero tengo que diagnosticar.

.....

–Vea, señor, aquí lo que se jodió es el termopropulsor transversal. Fíjese que va adosado a una jabalina hermenéutica que tendría que estar conectada a la comba philips, que, por lo que veo, tiene la rótula medio gastada, así que convendría cambiarla también.

–¡Me cago en la re puta ostia! ¿Y eso cuánto tiempo va a tardar?

–Depende.

–¿Depende de qué?

–De la hora en que abra la ferretería. No se olvide que hoy somos domingo. Y a estas horas... No sé, capaz que en el Walmart consigo, pero queda en San Justo y ahí seguro que el tipo de rótula (platinum plus) que yo necesito, no creo que haiga, ¿me entiende?

–Sí que lo entiendo, carajo, pero parece que al

que usted y esta puta de mierda no entienden es a mí. ¡Yo vine a mojar la chaucha, no a hacer un curso de plomería!

–Bueno, amorcito, no te pongas así, dejalo al señor que vaya hasta San Justo y mientras seguimos con “eso”. ¿Qué te parece, cosita?

–Esto te va a costar más que una mamadita de mierda. Hoy sí o sí entregás el rosquete, así que andá aflojando las nalgas.

–El rosquete no, ya te dije que después del casorio, Cholo. Eso ya lo hablamos.

–¡Ay, qué cruz, qué cruz que tengo yo! A la final la vieja tenía razón. Son todas o putas o frías.

–A ver, señor plomero...

–Artemio...

–Artemio, Armando, Alberto, o como catzo te llames, andate ya y volvé lo más rápido que puedas.

–No creo que sea posible.

–¿Y ahora qué pasa?

–Son las diez.

–¿Y eso qué?

–Empieza Fútbol de Primera.

–¡Carajo, es verdad! Pará que pongo el 13.

–¿No me digas que te vas a poner a ver el fútbol? No, mi amor, no importa, dejá el jacuzzi, ya no lo quiero, decile al señor que se vaya, vení, vení papito que estoy que ardo...

–¡Gooooooooooooooooooooo!

–¡Lo anuló! ¡No, no puede ser, qué árbitro or-tiba!

–Esto no le hace nada bien al fútbol, córrase un cacho Artemio, que me está ocupando toda la cama.

–¡Mi amor... mi papurri, bichi... mirá lo que tengo para vos!

–Correte boluda que me tapás la jugada. Dale, no jodas y pedite una picadita. ♦

Juan Bautista Duizeide

De Indias

❖ “...entre las olas sola...”.
La Dorotea, Lope de Vega

I

Ve, ya despierto, o todavía soñando, o soñando que sueña, o pensando que sueña que sueña, o soñando que piensa que sueña que sueña, esas altas torres de cristal iluminadas por los rayos. Esas torres frente a una playa combatida por las olas; y en la espuma, plateada o violácea al azar de oscuridad o luces, el madero que salta. El madero con esa fiera dulce forma que se vino aposentando en sus últimas noches, esa forma que se había adueñado de lo que era una sola y larga noche y que desde esa noche o noches se había lanzado a conquistar sus días. Retumban en su caletre los tumbos de una mar lejana, tan lejana como su propio sueño, y tan cercana. Con el calor habían comenzado las pesadillas. Una misma pesadilla repetida, un calor como de averno que tornaba infinitos los días y atormentaba las noches, un calor como llegado desde ese nuevo mundo del que habían, por fin, retornado las naves. Esos leños desharapados que, en lugar del oro y las piedras y las especias prometidas, habían traído coloridos animales nunca vistos y unos pocos hombres y mujeres oscuros, trabajados por días y noches de mar, por tempestades y calmas,





¿Tan difícil será alcanzar las brisas? Ruega, y a quién, por un viento galeno que borre el bochorno. Por truenos que borren las palabras de esa mujer, oscura, brillante y altiva. Incomprensibles, amenazantes, inolvidables palabras.

por lluvias y resolanas. Esos hombres y mujeres que también él había visto, maldita sea la hora, camino del palacio, por las calles, entre el polvo, en la plaza, entre griteríos y burla. Esas mujeres oscuras y brillantes de las que al principio, también él, se había reído. Con esos pómulos, con esa flacura tras meses de mar, de viento, de olas. Y una entre todas. La que anda por su larga pesadilla, entre el calor y las amenazas de una tormenta que no llega, que no llega, que no llega.

¿Tan difícil será alcanzar las brisas? Ruega, y a quién, por un viento galeno que borre el bochorno. Por truenos que borren las palabras de esa mujer, oscura, brillante y altiva. Incomprensibles, amenazantes, inolvidables palabras. Y esa risa que sólo el golpe de un soldado pudo apagar. Por rayos que borren el rayo de esa mirada, ruega. Pero la única tormenta es la que retumba en su cráneo.

Hizo el mascarón entre insomnios y pesadillas, despierto o soñando, y ahí está, como un fruto del vientre de esas naves desventradas, desnortadas. Ahí está: oscuro, afilado, flamante. Con el perfume de maderas que estaban destinadas a la tapa de espinetas y claves por los que correrían las manos de las niñas practicando música. El mascarón que sus manos de maestro tornearon, acariciaron, golpearon, ostenta los mismos rasgos de esa esclava que lo ha cautivado. ¿Pero qué navío de su católica majestad osaría hacerse a la mar con la efigie de mujer semejante en su roda?

II

Ron, que a todos les dieran ron. Imbéciles. Como si ese mascarón de proa, por extraño



que fuese, y maldita la hora en que el armador se encaprichó con semejante antigualla, pudiera haber atraído este verano en pleno invierno, estos vientos, estos rayos, estos truenos que parecen el alarido de su propio dolor de cabeza. Ron, porque arrojado al agua todo el cargamento de esclavos, ya nada puede hacerse para alivianar la nave. Ron, manda el capitán Parks. Total ya no quedan velas ni palos ni rueda. Ron, para que se callen esos cobardes que gritan y juran que oyen a esa mujer, la del mascarón, cantar y reír, cantar y reír, cada vez más fuerte, cuanto más grandes las olas que los acometen. Para todos ron. Si hay que ir hasta el fondo, qué mejor que el lastre sea ron.

III

A las cuatro o cinco de la madrugada no aguantó más. Pese al aire acondicionado, las sábanas eran un amasijo de tela pegajosa y caliente. En su cabeza late un dolor contra el que nada pudo nada. En sus ojos parece durar la imagen de una pesadilla soñada cuándo, si no recuerda haber dormido en estas últimas noches: un mar caliente y negro, y en él, hundiéndose y emergiendo sólo para gritar su abandono, negras siluetas de negros al azar de los rayos que rayan un cielo negro. Antes de bajar por la cuesta de arena, vuelve la mirada:

Ahora, por fin, ese cielo como de brea caliente se resquebraja y libera un viento frío. Una punzada le cruza la cabeza y después, súbito, el alivio. Comienzan las olas a estallar contra la playa y hay un perfume a madera en el aliento de la tormenta.

sobre el cristal de los edificios lo sorprende el primer rayo. Ahora, por fin, ese cielo como de brea caliente se resquebraja y libera un viento frío. Una punzada le cruza la cabeza y después, súbito, el alivio. Comienzan las olas a estallar contra la playa y hay un perfume a madera en el aliento de la tormenta. Y hay algo en las olas. Algo que al principio no alcanza a discernir, algo que luego, no puede creer: negra, brillante, altiva, la silueta de una mujer cruza lo plateado, lo violeta, lo plateado, y se ríe, se ríe, se ríe. ¿Y canta? ♦

Federico Levin



Cordero

❖ 1

La mayor de mis hermanas vive –ahora– en un país lo suficientemente lejano, tal vez Alemania. Cuando me retrataba –antes– fruncía la mirada y me ofrecía, a la distancia, un lápiz vertical que me medía; y Alemania suena –siempre– al nombre de la suma de todas las distancias.

La mayor de mis hermanas vive allá con su marido: él es científico, y lee a Thomas Pynchon. Mi hermana lee más bien a Salinger; tal vez sientan que eso los distancia, porque no saben que son, en realidad, el mismo tipo. Yo lo sé, pero no me animo a contarlo.

Juntos tienen una hija que es mi sobrina: Diáfana –dicen que dijo: me encanta tirar pedos.

[Y recordarla es abrazar un cuerpo gaseoso.

Recordarla es al pedo.

Escribirla es otra cosa.]

2

Parece que la mayor de mis hermanas va a volver, lo dijo hace un par de semanas; va a volver a vivir en Buenos Aires –y Buenos Aires suena al nombre resultante de una buena cantidad de sobreentendidos.

No se sabe cuándo, pero va a volver. Mi padre, me confesó, ya está pensando en el asado de bienvenida, o de bienvuelta –dice que le preguntó qué le gustaría comer el día de su regreso; ella pidió cordero.

Todavía no sabemos cuándo, pero la mayor de mis hermanas va a volver –mi padre ya compró el cordero.

Habrà que esperar.

3

Tengo en un cajón de mi escritorio un piñón de cartas manuscritas. La mitad es de cartas que me escribió mi hermana, la que vive en Alemania. La otra mitad corresponde a cartas que le escribí a mi hermana, y jamás le envié.

Creo que existe otro mundo, que no es el mundo que resulta de lo que sabemos –la trama de los pudores y los mensajes– ni es el mundo del caos impudoroso, inenarrable, la suma de todos los mensajes.

Existe otro mundo, acá nomás, escondido entre nosotros: el mundo de las cartas no enviadas.

Ya que lo he descubierto, creo que puedo colonizarlo y ponerle un nombre, un nombre de fantasía: “alemania”.

4

Allí debe vivir Diáfana, mi sobrina, que hoy aquí es todo lo que parezca un espiral tibio, todo lo que mire en mis ojos con excesiva seriedad.

La imagino mirándome, desde “alemania”, midiéndome con un lápiz vertical, como lo hacía su mamá. Midiéndome la distancia.

Mi sobrina que, hoy aquí, es una carta no enviada.

–Me encanta tirar pedos.

–Hay pedos que viajan largo y atraviesan pequeños océanos.

Ella también va a volver, si volver es un movimiento físico más que una decisión. Habrá que esperar.

Existe otro mundo, acá nomás,
escondido entre nosotros:
el mundo de las cartas no enviadas.

5

Claro que mi padre lo compró vivo, al cordero. Me lo veía venir: no hay mejor lugar para cuidarlo que el patio de mi casa. Mis cohabitantes se resistieron alrededor de un minuto. Al cabo coincidimos en que estaría bien tenerlo como mascota.

Ahora lo alimentamos, lo cuidamos entre todos. Esperamos.

Corren rumores, entre los habitantes de la casa: el cordero mira a los ojos, y eso es raro.

Tiene una mirada que roza la inteligencia –o la sabiduría–, frunce los ojos. El cordero habla, pero sólo mientras duerme.

6

Mi abuelo me ha visto mirar durante horas la caminata circular del cordero, en el patio de nuestra casa. Se acercó sonriéndome la espalda. Le dije sobre la espera, le conté lo que me pasa al respecto; cuando espero permanezco / permanezco yo/ me parezco a mi –dolor; creo que llegué a decirle, palabras más– palabras menos.

“El espanto ante la incertidumbre de la espera –me dijo– es cosa de intelectuales. En verdad espantosa es la certidumbre del fracaso.”

Sonreímos los tres.

Y mientras sonreímos, mi sobrina está en “alemania”. Dicen que dijo: esta canción me pone boluda. No ha llegado ninguna información respecto de cuál era la canción referida.

7

Mis padres han decidido instalarse, temporalmente, en mi casa. Dicen querer seguir de cerca el crecimiento del cordero, y dicen que les corresponde porque lo han comprado; todavía les corresponde.

Lo hemos bautizado, como sucede con todo en esta casa: El Psicordero.

Algunos se encargan de alimentarlo, pero, sospecho, lo hacen en secreto. Sospecho una competencia en las sombras: parece que hay quienes quieren ganarse el cariño del Psicordero.

Mientras tanto, sigue vivo y engordando.

Cuando vuelva mi hermana, la mayor de las mías, tendremos en la parrilla un buen cordero.

Ni grande – ni chico.

Del tamaño de nuestra espera. ♦



Estómago

❖ No sé si es decente espiar el insomnio ajeno. La puerta de mi habitación está abierta, de par en par: veo la cocina. Ahí está: el nene del fin del mundo. Así le dicen, porque vino de Us-huaia. Eso es una redundancia, y el nene del fin del mundo detesta las redundancias. En su favor: tiene veintisiete años. Claro que el fin del mundo es allá si se mira desde acá— una cuestión de perspectiva. Espiar el insomnio ajeno es, visto desde acá, una violación sutil— si es que eso es posible. Pero lo que me queda es escuchar las casi palabras que cuelgan del sueño de ella, la que me duerme la cama entera hasta arrojarla por los bordes. Entonces lo miro a través de la puerta entreabierto: me excuso: el insomnio está adentro suyo— yo le miro la vigilia. El nene del fin del mundo camina, va y viene. Se mueve como el mar, va y viene. De pronto se detiene, como ola quieta, y parece explotar mudo— el grito castrado de las pesadillas que no alcanza a conciliar. El que lee lo que anoto ya lo ha descubierto: las pesadillas que no alcanzamos a conciliar. Cuando el nene del fin del mundo sale por la noche de su habitación —por la noche de su habitación— cuando se interna en el pasillo y gana por fin la cocina, es un furor de operaciones: abrir una canilla y la heladera que zumba y no zumba. Papeles y birome que raspan pero no escriben. Los cierres de la ropa que se abren. Hay una operación que hoy no está —ya no—: volver a la cama y verla, mirarla empapada de sueño esperando el beso que no va a recordar— ya no. Escucho las casi palabras colgantes de mi compañera y pienso triste en el nene del fin

del mundo que camina todavía. Sus pasos con ojotas —splac— sombríen su sornisa vigilante. Así vigila la planta de albahaca y la pila de diarios que comienza un trabajoso caerse. No escucha música ni quiere escribir: está triste, en insomnio, y detesta las redundancias. Hay algo que quiero contar ahora, antes de des- embarazarme de las sábanas para ganar a mi vez la cocina y prestarle el hombro de mi insomnio. Cuando el nene del fin del mundo era un nene y vivía allá, cuando asistía a un colegio del fin del mundo, con sus útiles sobre los pupitres del fin del mundo. Era un sacapuntas que caía al piso, el bollo de papel del alumno desobediente, los anteojos de una maestra —eso fue terrible. Cada vez que algo caía, el nene del fin del mundo sentía habérselo tragado. Lo sentía en su estómago. Las primeras veces fue el miedo de su madre, la sorpresa de un pediatra. Pronto los adultos advirtieron la falla en algún eslabón de su percepción de la realidad y sintieron comprender. Tal vez alguno haya comprendido: todo lo que caía estaba en el estómago del nene del fin del mundo. Eso es todo. Un estómago sensible puede prescindir de algunos eslabones en la confección de la realidad. El estómago es la realidad. La cocina: hasta las moscas de la pared duermen sus sueños diminutos. Lo invito a sentarnos. Aunque no hayamos empezado a hablar, el nene del fin del mundo cambia de tema.

El nene del fin del mundo camina, va y viene. Se mueve como el mar, va y viene. De pronto se detiene, como ola quieta, y parece explotar mudo —el grito castrado de las pesadillas que no alcanza a conciliar.

La heladera. Habría que arreglarla. Esta semana. Dejala. Está recitando. Ahora habla desde el fondo de nuestros oídos— Explica. Obedecemos— Anoto. Él parece anotar también y sonrío lo suyo. Entiendo que no quiere darse mayor importancia. Se levanta. Va hacia el freezer. Saca unos hielos que se quiebran de sonido y llena un vaso con agua de la canilla. Antes de que vuelva a la mesa: Traeme unos hielos que te acompaño. Me sirvo en un vaso el fondo de la botella de vino blanco que quedó de alguna de las muchas cenas que hubo esta noche en la cocina. Me trae los hielos con la mano. Estoy tomando vino, pero es blanco— no obstante me da cierto coraje y acoto: Se olía un insomnio desde allá. Ahora que somos dos no es más insomnio. Pareciera que nos estamos por ir de viaje, ¿no? Miramos al mismo tiempo las cinco de la mañana. Vuelve él. Me pasaban cosas raras: en el cuerpo, con los objetos, no sé, con todo. No me podía dormir. Uno de los hielos que reposaba en la profundidad de su vaso salta a la superficie con sonido de historieta. No hace falta, pero a su sonrisa añade: ¿Te das cuenta? Nos reímos con ganas. El nene del fin del mundo se trata a sí mis-

mo de un modo especial: no es compasión ni indiferencia. Tampoco parece que se flagele demasiado. Digamos que se trata con sorna. Al margen, me gustó lo de la sornisa. Es un gesto que habría que trabajar. Creo que la clave está en los músculos del cuello. Como una autoconciencia de la clavícula. Tal vez la sornisa se expresa como un tic. Un gesto, un mensaje corporal que se escapa del control del que lo hace. Como una interrupción del discurso físico, o un mensaje de otro. Son las cinco y media de la mañana— lo acuso. El cerebro del insomne, nuestro cerebro, que hasta hace algunos minutos parecía una máquina perfecta, un patovica inmaterial, ahora lanza unas últimas bocanadas de producción. La charla relaja los músculos. Prendo un cigarrillo. Ahora estoy animado y quiero seguir, pero le veo los ojos: se iría a dormir ahora, si no fuera porque allá, del otro lado del pasillo, está durmiendo la ausencia de ella. Se me ocurre que él debería hacer como hace mi compañera: dormir la cama hasta hacer caer la ausencia de ella por los bordes del colchón. Dejo el cigarrillo en el cenicero. Voy a la heladera. Su sonido se suspende cuando la abro. Me diagnostico: hay más hambre que empanadas. ¿Querés comer algo? —propongo— Eso ayuda a dormir, supongo. Lo escucho sonreír. Doy media vuelta y lo miro. Se está tocando la panza. No se siente muy bien. Está lleno. Mira a través del pasillo y apoya las manos sobre la mesa. Si me levanto, avanzo. Si avanzo, llevo. Si llevo, duermo. Nos reímos. ♦

Fredric Brown

Imaginá

- ❖ Imaginá espíritus, dioses y diablos. Imaginá infiernos y cielos, ciudades flotando en el cielo y ciudades sumergidas en el mar. Unicornios y centauros. Brujas, hechiceros, genios y fantasmas. Ángeles y arpías. Hechizos y conjuros. Elementales, familiares, demonios. Fácil es imaginar todas esas cosas: la mente humana ha estado imaginándolas por miles de años. Imaginá naves espaciales y el futuro. Fácil de imaginar; el futuro está próximo y habrá naves espaciales en él. ¿Existe algo, entonces, que sea realmente difícil de imaginar? Por supuesto que sí. Imaginá un trozo de materia con vos dentro, vos mismo, consciente, pensando y luego sabiendo que existís, que sos capaz de mover ese pedazo de materia en el que estás sumergido, hacerlo dormir o despertar, hacer el amor o caminar cuesta arriba. Imaginá un universo infinito, o no, como prefieras imaginarlo, con un billón, billón, billón de soles en él. Imaginá una masa de lodo arremolinándose sin control alrededor de uno de los soles. Imaginate estando sobre esa masa de lodo, girando en ella, girando a través del tiempo y el espacio hacia un destino desconocido. ¡Imaginá! ♦

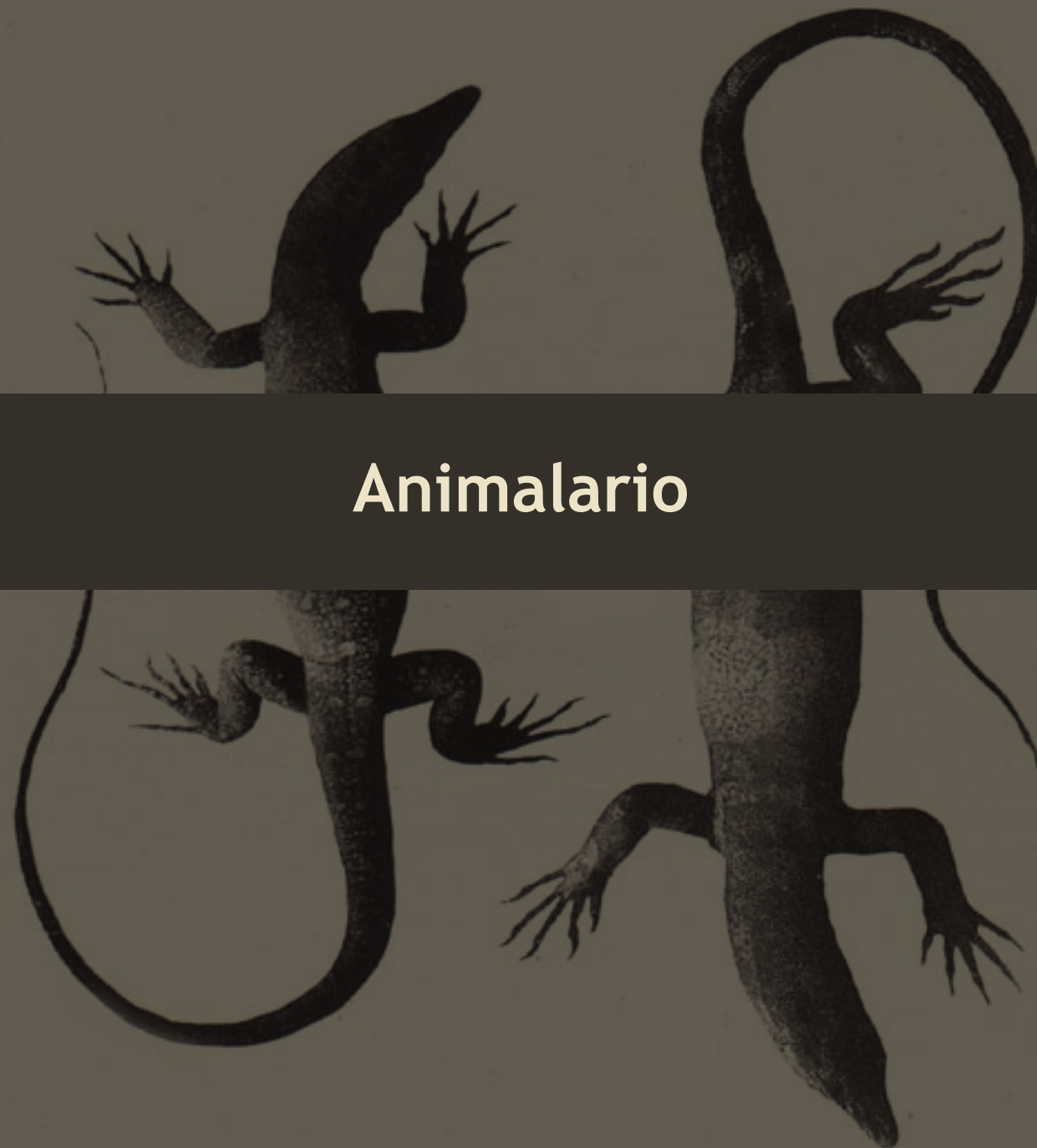
1955

Traducción Gabriela García Cedro.



¿Existe algo, entonces,
que sea realmente difícil
de imaginar?

Animalario



Ambrose Bierce

La tripulación del bote de salvamento

- ❖ La valiente tripulación de un bote de salvamento estaba a punto de hacerse a la mar para inspeccionar las costas cuando vio a lo lejos una nave que acababa de naufragar con doce hombres aferrados a la quilla.
–Afortunadamente –dijo la valiente tripulación–, hemos visto ese naufragio a tiempo. Podríamos haber corrido la misma suerte. Regresaron con el bote y permanecieron sanos y salvos en la orilla, y de ese modo pudieron seguir sirviendo a su país. ♦

El león y la espina

- ❖ Un león rondaba por el bosque cuando se le clavó una espina en la pata. Se encontró poco después con un pastor y le pidió que se la quitase. El pastor arrancó la espina y el león que acababa de devorar a otro pastor se fue sin hacerle daño.
Pasó el tiempo, y el pastor fue acusado por un crimen que no había cometido y condenado a ser arrojado a los leones.
Cuando las fieras estaban a punto de devorarlo, una de ellas dijo:
–Ese es el hombre que me sacó una espina de la pata.
Los otros leones se alejaron entonces de la víctima y el que acababa de hablar se la devoró él solo. ♦

Los dos caballos

- ❖ Un caballo salvaje que acababa de encontrarse con un caballo doméstico le echaba en cara su condición de esclavo. El animal amansado juraba que era tan libre como el viento.
–Si es así –dijo el otro–, explícame, te lo ruego, ¿para qué sirve ese freno que llevas en la boca?
–¿Esto? Es de hierro. Uno de los mejores tónicos que puedan encontrarse.
–¿Y esas riendas que tiene el freno?
–Son para impedir que el freno se me caiga cuando me siento demasiado perezoso para retenerlo.
–¿Y la montura?
–Me evita la fatiga. Cuando estoy cansado, me subo a la montura y cabalgo. ♦



Jorge Accame

El ankuto pila

- ❖ En casi todas las selvas del norte argentino existe un animal que raramente se muestra a los ojos del hombre. Es esquivo y sabe ocultarse con extraña habilidad. La gente lo llama ankuto pila. Se trata de una especie de oso flaco sin pelo (pila significa en quichua precisamente “pelado” o “desnudo”), no mayor que un perro ovejero, con orejas de mono, cuerpo fofo (pero, paradójicamente, provisto de una fuerza descomunal) y pellejo sobrante y suelto que se desdobra abdomen abajo como las olas de un arroyo. Algo parecido al Aye-Aye de Madagascar, aunque de color pardo claro y brillante y sin ojos saltones. Aún nadie ha podido estudiar bien sus características; se cree sin embargo que pertenece a la misma familia del coatí.

Los contados campesinos que han cazado un ankuto (casi siempre cachorros que han perdido a la madre) y lo mantuvieron en cautiverio, pudieron comprobar sus propiedades de rastreador. Este animal sirve para rastrear cualquier cosa, pero su instinto parece conocer una principal obsesión: es un sabueso infalible para hallar víctimas heridas o muertas por grandes felinos.

Hace tiempo, en la provincia de Jujuy, por la zona del Ramal se registró una historia de la que muy pocos supieron.
Me la refirió en San Pedro uno de sus protagonistas, Daniel Naser.

Por los sesenta, Daniel era un hombre joven con fama de picaflor. Las familias de media docena

“El ankuto pila”, del libro “Cumbia”, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

de niñas lo buscaban para cobrarle cuentas de amor pendientes, pero él siempre se las ingeniaba para prorrogar los plazos.

Aquella noche, calurosa y húmeda, había ido con Clara Singh a dar un paseo. Sobre ellos caía la constante nieve negra de la carbonilla. Entre los meses de marzo y octubre, en los campos del Ramal se queman los rastrojos de la caña de azúcar y ascienden al cielo largos y delgados tirabuzones de hollín, que luego bajan mansamente y tiznan de negro todo lo que tocan.

La pareja alcanzó el borde de la plantación y se recostó sobre el pasto.

Naser besó a Clara y luego, al apartarse de ella, descubrió por sobre su hombro la cabeza de un tigre en el cañaveral. Tratando de mantener la calma, le avisó a su amiga y los dos se pusieron de pie lentamente. Se dirigieron a un estanque que cerca de allí formaba la acequia de riego. Con la piel erizada en sus espaldas, caminaron unos pasos, mientras el jaguar se movía tras ellos y hacía crepitar muy suavemente las hojas de las cañas. Daniel Naser nunca supo qué sucedió con Clara. Al llegar

Los contados campesinos que han cazado un ankuto (casi siempre cachorros que han perdido a la madre) y lo mantuvieron en cautiverio, pudieron comprobar sus propiedades de rastreador.



El ankuto miró fijamente hacia un punto entre la espesa muralla de árboles. Con un tirón se soltó y se lanzó a correr. Al principio corría parado, como un mono, pendulando hacia uno y otro lado, de manera que a los hombres se les hacía posible seguirlo a corta distancia.

al estanque vio a un niño sumergido hasta el cuello y eso lo distrajo un segundo. Cuando se volvió, la chica ya no estaba. Se introdujo en el agua y allí, junto al niño, aguardó sin querer los rugidos y los gritos de terror. Sin embargo, no escuchó nada. Durante los extensos minutos que permaneció en el estanque, sólo pudo percibir el ronroneo de la acequia y el breve oleaje golpeando contra la orilla. O su propio jadeo agitado, cuando las puntas de algún pasto le acariciaban los pelos de la cabeza. O la respiración del niño, que no dejaba de mirarlo desde la oscuridad y a quien recién entonces reconoció como Marcos Singh, el hermano menor de Clara. Daniel supuso que lo había enviado su padre para que los siguiera.

Aunque aquella calma los inquietaba, de golpe y sin decirse nada, decidieron abandonar el refugio y correr a las casas.

Al rato regresaban con familiares y perros horadando la noche.

No encontraron ni rastros de Clara. El padre de la chica era el único poseedor en el pueblo de un ankuto pila y al amanecer lo sacó de su jaula. Una partida de hombres, entre los que el viejo Singh aceptó a Daniel, salió rumbo al monte. Naser describe al padre de Clara como un campesino de mirada intensa y pocas palabras, temido por sus explosiones de furia inesperadas. Ya anciano, en una pelea, le había cortado el brazo, con un golpe limpio de machete, a un muchachón cargoso que insistía en hablar mal de su mula.

Los hombres caminaron por horas dentro del monte, llevando al ankuto atado con correa y collar. El animal iba andando en cuatro patas, con un trotecito que hacía temblar su cuerpo

No encontraron ni rastros de Clara. El padre de la chica era el único poseedor en el pueblo de un ankuto pila y al amanecer lo sacó de su jaula.

como una gelatina; de pronto, en un descampado se irguió frente a una gran arboleda. Se paró sobre las patas traseras, abrió grande la boca y pegó un grito. Es curioso, pero los gritos de estos animales cuando hallan lo que buscan tienen algo de madre desesperada, como si supieran en qué condiciones están las víctimas antes de que nadie haya podido verlas. El ankuto miró fijamente hacia un punto entre la espesa muralla de árboles. Con un tirón se soltó y se lanzó a correr. Al principio corría parado, como un mono, pendulando hacia uno y otro lado, de manera que a los hombres se les hacía posible seguirlo a corta distancia. Pero a los pocos metros retomó su posición natural y emprendió una carrera a toda velocidad, desapareciendo en las altísimas matas de pasto.

Lo encontraron a la media hora, entre los quebrachos. Se hallaba sentado en el piso, cubierto de sangre, y parecía abatido; casi ni se movió cuando los hombres se acercaron. A pocos metros había una familia de jaguares, es decir, lo que quedaba de ella. Los cachorros estaban desmembrados; había pedazos esparcidos por todas partes, arrancados por una fuerza no

terrestre. La madre de los tigrecitos colgaba blandamente de la rama de un árbol, con los huesos rotos, como un muñeco de trapo.

Los hombres nunca pudieron convencerse totalmente de que el ankuto hubiera sido capaz de semejante matanza. Sin embargo, no había huellas de ningún otro animal y los cuerpos de los jaguares aún estaban calientes.

Inútilmente, revisaron cada palmo de terreno varios kilómetros a la redonda. La muchacha no apareció. Pero sabían que el ankuto no se equivocaba. Clara había sido devorada por los jaguares, aunque jamás pudieran hallar las pruebas. Al día siguiente, regresaron a las casas con el ankuto que se dejó conducir dócilmente sujeto a la correa.

Un último dato: Daniel Naser fue aceptado por el viejo Singh como parte de la familia. Entre ellos no volvió a mencionarse el nombre de Clara.

Daniel se casó a los pocos años con otra de sus hijas. ♦



Juan Rodolfo Wilcock

Los donguis

❖ I

Suspendida verticalmente del gris como esas cortinas de cadenitas que impiden la entrada de las moscas en las lecherías sin cerrar el paso al aire que las sustenta ni a las personas, la lluvia se elevaba entre la Cordillera y yo cuando llegué a Mendoza, impidiéndome ver la montaña aunque presentía su presencia en las acequias que parecían bajar todas de la misma pirámide.

Al día siguiente por la mañana subí a la terraza del hotel y comprobé que efectivamente las cumbres eran blancas bajo las nubes nómades. No me asombraron en parte por culpa de una tarjeta postal con una vista banal de Puente del Inca comprada al azar en un bazar que luego resultó ser distinta de la realidad; como a muchos viajeros de lejos me parecieron las montañas de Suiza.

El día del traslado me levanté antes de la aurora y me pertreché en la humedad con luz de eclipse. Partimos a las siete en automóvil; me acompañaban dos ingenieros, Balsa y Balsocci, realmente incapaces de distinguir un anagrama de un saludo. En los arrabales el alba empezaba a alumbrar cactus deformes sobre montículos informes: crucé el río Mendoza, que en esta época del año se destaca más que nada por su estruendo bajo el rayo azul que enfocan hacia el fondo del valle las luces nítidas de verano, sin mirarlo, y luego penetramos en la montaña.

Balsocci hablaba con Balsa como un combinado y dijo en cierto momento:

–Barnaza come más que un dongui.

Balza me miró de costado y después de otra

selección de noticias del exterior pretendió sonsacarme:

–¿A usted le han explicado, ingeniero, por qué motivo construimos el hotel monumental de Punta de Vacas?

Yo sabía pero no me lo habían explicado: contesté:

–No.

Y les ofrecí esta miseria adicional:

–Supongo que lo construyen para fomentar el turismo.

–Sí, fomentar el turismo, ja, ja. Cola de paja, ja, ja, diga más bien (Balsocci).

No dije más bien, pero entendiendo les dije:

–No entiendo.

–Después le comunicaremos ciertos detalles secretos –me explicó Balsa– que se relacionan con la construcción y que por lo tanto le serán comunicados cuando lo pongamos en posesión de los planos, pliegos de condiciones y demás detalles de construcción. Por ahora permita que abusemos un poco de su paciencia.

Supongo que entre los dos no habrían conseguido ni en catorce años formar un misterio. Su única honradez –involuntaria– consistía en mostrar todo lo que pensaban, por ejemplo, en vez de disimular poner cara de disimulo, etcétera.

Miré mi valiente nuevo mundo. Ciertos instantes se proyectan sobre las horas y los días subsiguientes, de modo que cuando uno vuelve por ejemplo por segunda vez a la plaza cóncava de Siena y entra por el otro lado cree que la entrada que utilizó primero ya es famosa. Móvil entre dos rocas altas como el obelisco, una negra y una colorada, capté una visión memorable

y me dediqué a la toma de posesión de otro gran paisaje: junto al estrépito fluvial recapacité que el momento era un túnel y que emergía cambiado. Proseguimos como un insecto veloz entre planos verdes, amarillos y violetas de basalto y granito por un camino peligroso. Balsa me preguntó:

–¿Tiene familia en Buenos Aires, ingeniero?

–No tengo familia.

–Ah, comprendo

–contestó, porque para ellos siempre existía la posibilidad de no comprender, ni siquiera eso.

–¿Y piensa quedarse mucho tiempo por aquí? (Balsocci).

–No sé; el contrato mencionaba la construcción de indefinidos hoteles monumentales, lo que naturalmente puede prolongarse un tiempo indefinido.

–Mientras la altura no le caiga mal... (Balsocci, esperanzado).

–2.400 metros ni se sienten, menos un muchacho (Balsa, con la misma esperanza).

Los cielos de gran lujo se transformaban en mercados de nubes congestionadas entre los cerros: al rato llovía entre arcos–iris, al otro rato la lluvia era nieve. Bajamos para tomar café con leche en casa de un eslavo amigo de ellos de 50 años casado con una argentina de 20 años y encargado de mantener el ferrocarril y de cambiar las vías de lugar, esos trabajos

fútiles de los pobres. La mujer apenas visible parecía sufrir meramente de vivir pero me dio semejante deseo que tuve que salir afuera para no mirarla como un mono. Hundí los pies en esa materia nueva; me quité los guantes y apreté un ovillo, lo probé con los labios, lo mordía con los dientes, arranqué de las ramas pedazos de escarcha, oriné, me resbalé y me caí sobre una acequia congelada.

Cuando nos fuimos la nieve emplumaba los vidrios del coche y la humedad me penetró en las botas. A veces pasábamos al lado del río y a veces lo veíamos en el fondo de un precipicio.

–Los que se caen al agua los arrastra lejísimos y cuando los encuentran están desnudos y pelados (Balsa).

–¿Por qué? (Yo).

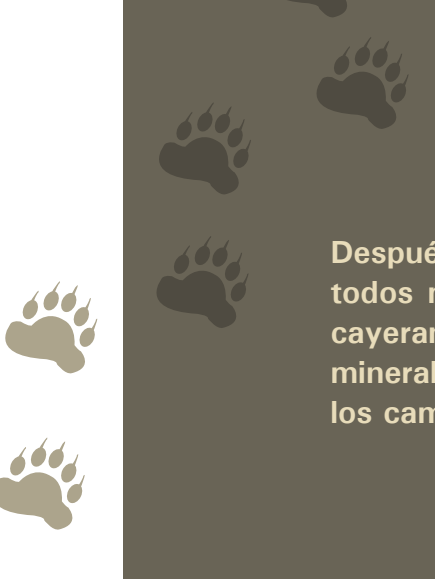
–Porque el agua los golpea contra las piedras (Balsa).

–Siete metros por segundo, dispara el agua. Hace unos días se cayó un capataz de la pasarela, Antonio, la mujer está en Mendoza esperando el cuerpo y no podemos encontrarlo (Balsocci).

–Cierto, tendríamos que mirar de vez en cuando a ver si se lo ve (Balsa).

En el fondo del valle se abrió un cuadro sencillo al sol. De un lado Uspallata con álamos y sauces sin hojas, del otro el camino que seguía subiendo por una garganta colorada entre ríos solitarios.

Esos ríos de la Cordillera, rápidos, más claros que el aire, con sus piedras redondas, verdes, violetas, amarillas y veteadas, siempre lavados, sin bichos y sin ninfas entre bloques sin edad que algo raro trajo y dejó, ríos modernos porque no tienen historia. A veces los escucho parado sobre una roca, bajo el cielo invisible sin nubes ni pájaros; entre manantiales, oyendo torrentes,



Después me tranquilicé porque comprendía que de todos modos siempre podía llegar a pie, aunque se cayeran los rodados –son unos conos de detritos minerales que periódicamente se escurren cubriendo los caminos y las vías.

pensando en la misma nada.

Tienen nombres de colores, Blanco, Colorado y Negro; algunos aparecen de frente, otros de un salto (dicen que hay guanacos, pero hasta ahora no vi ninguno); todos vienen al valle y en verano engordan, cambian de lugar y de color, transportan cantidades increíbles de barro.

Pasamos una elevación aluvional amarilla geológicamente interesante denominada Paramillo de Juan Pobre y llegamos a la obra a la hora de almorzar. No queda exactamente en Punta de Vacas sino unos dos kilómetros antes; esto me enfureció porque pensé que en invierno la nieve podía dejarme sin mujeres, suponiendo que me gustara alguna. Después me tranquilicé porque comprendía que de todos modos siempre podía llegar a pie, aunque se cayeran los rodados –son unos conos de detritos minerales que periódicamente se escurren cubriendo los caminos y las vías.

La construcción ocupa una especie de plataforma a buena distancia de los derrumbes. El terreno es inclinado y a un lado está limitado por un arroyo que después de formar una noble cascada de 7 metros cae al valle miserablemente como un chorro de canilla. En este lugar todo lo que no vino sobre ruedas es

basalto, pizarra o jarilla y yuyos parecidos. Un cerro como un serrucho colorado o el techo de una iglesia o más bien la estación de Saint Pancrase en Londres cierra la quebrada del otro lado; el cielo es tan angosto aquí que el sol se asoma a las nueve y media y se pone a las cuatro y media, rápido, como avergonzado por el frío y el viento que van a hacer.

¡El viento! ¿Cómo harán para vivir aquí las mujeres ricas de Buenos Aires, siempre tan atentas con sus peinados, entre estos vientos que hacen rodar las piedras como nada? Ya las oigo decir el dolor de cabeza que les da y eso en cierto modo me alienta a terminar pronto el primer hotel y a perfeccionar un tipo de ventana sencilla que una vez abierta no se puede cerrar. Dentro de unos días inauguraremos la sección provisoria, si no aparece Enrique el fastidioso.

Después de almorzar, los dos ingenieros me mostraron los planos y la obra. Estaban muy satisfechos de que no interviniera en ella ningún arquitecto y habían encomendado la decoración del edificio a una marmolería de Mendoza con la que actualmente existe un conflicto por una partida de ciento veintiocho cruces destinadas a los dormitorios cuyo tamaño no está estipulado en ningún pliego de condicio-

nes. Las cruces enviadas son de “granitit” negro y un metro de alto; yo que las concebí insisto en colocarlas pero Balsocci les teme. En realidad me excedí, pero hasta ahora se han dejado, pobres, notoriamente manejar y, exceptuando la menor del correo y esta crónica, me cuesta entretenerme: en una de las columnas principales de hormigón del anexo para la servidumbre conseguí intercalar cuando la llenaban una cámara de pelota inflada pero al sacar el encofrado se veía la cámara donde había apoyado contra la madera; hubo que rellenar el hueco con una inyección de cemento y el incidente es ahora una leyenda confusa que periódicamente provoca despidos de personal. La pelota pertenecía a Balsocci.

Volvimos a la oficina y los colegas abordaron la parte secreta de mi iniciación. No tuve que simular curiosidad porque me interesaba oírse-lo contar a ellos.

II

BALSOCCI. –¿Usted no advirtió nada raro últimamente en Buenos Aires?

YO. –No, nada.

BALSA. –Vamos al grano (como si decidiera rápidamente chupar un grano en un cráneo frondoso). ¿No oyó nunca hablar de los donguis?

YO. –No. ¿Qué son?

BALSA. –Usted habrá visto en el subterráneo de Constitución a Boedo que el tren no llega hasta la estación de Boedo porque no está terminada, se para en una estación provisoria con piso de tablas. El túnel sigue y donde interrumpieron la excavación el hueco está cerrado con tablas.

BALSOCCI. –Por ese hueco aparecieron los donguis.

YO. –¿Qué son?

BALSA. –Ahora le explico...

BALSOCCI. –Dicen que es el animal destinado a reemplazar al hombre en la Tierra.

BALSA. –Espere que le explico. Hay unos folletos de circulación restringida y prohibida que le condensan la opinión de los sabios extranjeros y de los sabios argentinos. Yo los leí. Dicen que en distintas épocas predominaron distintos animales en el mundo, por H o por B. Ahora predomina el hombre porque tenemos muy desarrollado el sistema nervioso que le permite imponerse a los demás. Pero este nuevo animal que se llama dongui...

BALSOCCI. –Lo llaman dongui porque el que los estudió primero fue un biólogo francés Donnéguy (lo escribe en un papel y me lo muestra) y en Inglaterra le pusieron Donnéguy Pig pero todos dicen dongui.

YO. –¿Es un chanco?

BALSA. –Parece un lechón medio transparente.

YO. –¿Y qué hace el dongui?

BALSA. –Tiene tan adelantado el sistema digestivo que estos bichos pueden digerir cualquier cosa, hasta la tierra, el fierro, el cemento, aguas vivas, qué sé yo, tragan lo que ven. ¡Qué porquería de animal!

BALSOCCI. –Son ciegos, sordos, viven en la oscuridad, una especie de gusano como un lechón transparente.

YO. –¿Se reproducen?

BALSA. –Como la peste. Por brotes, imagínese.

YO. –¿Y son de Boedo?

BALSOCCI. –Cállese, allí empezaron, pero después empezaron también en otras estaciones, sobre todo si hay túneles de vía muerta o depósitos subterráneos, Constitución está plagado, en Palermo, en el túnel empezado de la prolongación a Belgrano hay montones. Pero después empezaron en las otras líneas, habrán hecho un

túnel, la de Chacarita, la de Primera Junta. Hay que ver lo que es el túnel del Once.

BALSA. –¡Y el extranjero! Donde había un túnel se llenaba de donguis. En Londres hasta se reían parece porque tienen tantos kilómetros de túnel; en París, en Nueva York, en Madrid. Como si repartieran semillas.

BALSOCCI. –No permitían que los barcos que llegaban de un puerto infectado atracara en esos puertos, temían que trajera donguis en la bodega. Pero no por eso se salvaron, están mejor que nosotros.

BALSA. –En nuestro país tratan de no asustar a la población por eso no le dicen nunca nada, es un secreto que le confían solamente a los profesionales, y también a algunos no profesionales.

BALSOCCI. –Hay que matarlos pero quién los mata. Si les dan veneno se lo comen o no se lo comen, como usted prefiera, pero no les hace nada, lo comen perfectamente como cualquier otro mineral. Si les echan gases los degenerados tapan los túneles y salen por otra parte. Cavan túneles en todos lados, no puede atacárselos directamente. No se puede inundarlos o echar abajo las galerías porque se puede hundir el subsuelo de la ciudad. Ni qué decir que andan por los sótanos y las cloacas como Juan por su casa...

BALSA. –Habrá visto estos derrumbes de estos meses. Los depósitos de Lanús son ellos, por ejemplo. Quieren dominar al hombre.

BALSOCCI. –¡Oh!, al hombre no lo dominan así nomás, no lo domina nadie, pero si se lo comen...

YO. –¿Se lo comen?

BALSOCCI. –¡Y cómo! Cinco donguis se comen a una persona en un minuto, todo, los huesos, la ropa, los zapatos, los dientes, hasta la libreta de enrolamiento si me perdona la exageración.

BALSA. –Les gusta. Es la comida que más les gusta, mire qué desgracia.

YO. –¿Hay casos comprobados?

BALSOCCI. –¿Casos? Ja, ja. En una mina de carbón de Gales se comieron 550 mineros en una noche: les taparon la salida.

BALSA. –En la capital se comieron una cuadrilla de ocho peones que arreglaban las vías entre Loria y Medrano. Los encerraron.

BALSOCCI. –Yo propongo que hay que inocularles una enfermedad.

BALSA. –Hasta ahora no hay caso. No sé cómo le van a inocular una enfermedad a un agua-viva.

BALSOCCI. –¡Esos sabios! Supongo que el que inventó la bomba de hidrógeno contra nosotros podría inventar algo también, unos pobres chanchitos ciegos. Los rusos, por ejemplo, que son tan inteligentes.

BALSA. –Sí, ¿sabe qué están haciendo los rusos? Tratando de criar una variedad de dongui que resista la luz.

BALSOCCI. –Que se embromen ellos.

BALSA. – Sí, ellos. Pero ellos no importa. Nosotros desapareceríamos. No será cierto. Será un rumor como tantos. Yo no creo una palabra de lo que le dije.

BALSOCCI. –Primero pensamos resolver el problema construyendo edificios sobre pilotes, pero por una parte el gasto y, por otra siempre pueden derrumbarlos de abajo.

BALSA. –Por eso construimos nuestros hoteles monumentales aquí. ¡A que no socavan la Cordillera! Y la gente que sabe está loca por venirse.

Hay que matarlos pero quién los mata. Si les dan veneno se lo comen o no se lo comen, como usted prefiera, pero no les hace nada, lo comen perfectamente como cualquier otro mineral. Si les echan gases los degenerados tapan los túneles y salen por otra parte.

Veremos cuánto duran.

BALSOCCI. –Podrían socavar también las rocas, pero tardarían mucho; y mientras me supongo que alguien hará algo.

BALSA. –De todo esto ni una palabra. Total no tiene familia en Buenos Aires. Por eso nos limitamos a un mínimo de excavaciones en los cimientos y todos los hoteles proyectados ni tienen sótanos ni planta alta.

III

El aire de Buenos Aires posee una calidad coloidal especial para la transmisión intacta de rumores falsos. En otros lugares el ambiente deforma lo que oye pero junto al Río las mentiras se transmiten con pulcritud. Cada ser humano puede inventar en sus días de extraversión rumores concretos y no requiere proclamarlos en una esquina para que se los devuelvan idénticos una semana después.

Por eso cuando me anunciaron los donguis hace unos dos años y medio los relegué con los platos voladores, pero un amigo de intereses variados que acababa de autorizarse en Europa me patentó la noticia. Desde el primer momento me fueron simpáticos y esperé quererlos.

En esa época descendía parabólicamente mi interés por aquella vendedora de una sedería denominada Virginia y ascendía el subsiguiente por la negrita Colette. Mi desvinculación de Virginia solía adquirir forma de noche en el Parque Lezama aunque su estupidez prolongaba indecorosamente el proceso.

Una de esas noches en que más sufrí de ver sufrir nos acariciábamos en esa escalera doble que abarca unos depósitos excavados en la barranca del Parque donde guardan sus herramientas los jardineros. La puerta de uno de

Cada ser humano puede inventar en sus días de extraversión rumores concretos y no requiere proclamarlos en una esquina para que se los devuelvan idénticos una semana después.



en el hueco oscuro
vi de repente, ocho o
diez donguis nerviosos
que no se atrevían a
salir por un poquito de
luz de mala muerte.

estos depósitos es-
taba abierta; en el
hueco oscuro vi de
repente, ocho o diez

donguis nerviosos que no se atrevían a salir
por un poquito de luz de mala muerte. Eran
los primeros que veía; me acerqué con Virginia
y se los mostré. Virginia llevaba puesta una po-
llera clara estampada con grandes macetas de
crisantemos; la recuerdo porque se desmayó de
espanto en mis brazos y por suerte paró de llorar
por primera vez esa noche. La llevé desmayada
hasta la puerta abierta y la tiré adentro.

La boca de los donguis es un cilindro cubierto
de dientes córneos en todo su interior y tritura
mediante movimientos helicoidales. Miré con
curiosidad espontánea; en la oscuridad se dis-
tinguía la pollera de crisantemos y sobre ella
el movimiento epiléptico de las vastas babo-
sas en masticación. Me fui casi asqueado pero
contento; al salir del Parque cantaba.

Ese Parque solitario y húmedo con estatuas ro-
tas y mil vulgaridades modernas para ignoran-
tes, con flores como estrellas y una sola fuen-
te buena, Parque casi sudamericano, cuántas
liaisons de personas que llaman jazmines a la
tumborgias habrá visto fenecer por otra parte
debajo de sus palmeras polvorientas.

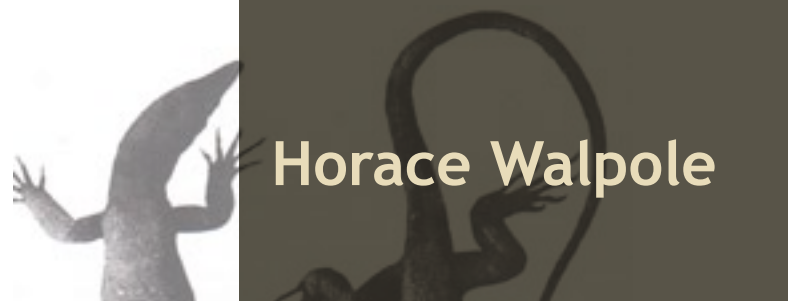
Allí me deshice de Colette, de una polaca que
me prestó el dinero de la moto, de una me-
norcita indigna de confianza y finalmente de
Rosa, adormeciéndolas con un caramelo es-
pecial. Pero la Rosa llegó en cierto momento a
excitarme tanto que perpetré la temeridad de
darle el número de teléfono y aunque juró des-
truir el papelito y aprenderlo de memoria, y lo
hizo, una vez su hermano la vio llamar y se fijó
en el número que marcaba de modo que poco
después de su desaparición apareció Enrique y

empezó a fastidiar. Por eso acepté este trabajo
renunciando provisoriamente a toda diversión
como los reyes prehistóricos que debían pasar
40 días de ayuno en la montaña.

De este voto de castidad me distraigo a mi
manera resolviendo jeroglíficos y preparando
cosas para Enrique. La pasarela sobre el río
Mendoza por ejemplo sólo era cuando vine
una vía de esas que esparció el aluvión del
treinta y tantos, el que retorció los puentes y
un cable tendido al costado a la altura de la
mano para sostenerse. De allí se cayó un tal
Antonio y con ese pretexto hice retirar el ca-
ble y colocar en su lugar un caño largo que en
cada punta va enganchado en un poste. Ahora
es más fácil sostenerse cuando uno cruza y
cuando cruza otro desenganchar el caño.

Otras distracciones podrían ser cuando hace
frío encender con un fósforo los arbustos que
rodean las carpas de los peones porque son
tan resinosos que arden solos. Una vez orga-
nicé un pic-nic unipersonal que consistía en
subir y subir siempre con varios sándwiches
de jamón, huevo y lechuga y me hastié tanto
de ascender que me volví a mediodía. Esa ma-
ñana vi glaciares inexplicablemente sucios y
encontré en los rodados de arriba flores negras,
las primeras que veo. Como no había tierra, sino
solamente piedras sueltas y filosas me interesó
ver las raíces; la flor medía cinco centímetros más
o menos pero apartando las piedras desenterré
unos dos metros de tallo blando que se perdía
entre los cascotes como un cordón negro liso;
pensé que seguiría así unos cien metros más y
me dio un poco de asco.

Otra vez vi un cielo negro sobre la nieve fos-
forescente porque absorbía toda la luz de la
luna; parecía un negativo del mundo y valía la
pena describirlo. ♦



El cubilete de dados

❖ Había un mercader de Damasco, llamado Abul-
casem, que tenía una única hija, llamada Pis-
simissí, que significa “las aguas del Jordán”¹,
a causa de que un hada le había pronosticado
al nacer que sería una de las concubinas de
Salomón. Una vez que Azazel, el ángel de la
muerte, hubo transportado a Abulcasem a las
regiones de la felicidad eterna, se comprobó
que éste no dejaba en herencia a su amada
hija más que la cáscara de un piñón de pista-
cho arrastrada por un elefante y una mariqui-
ta. Pissimissí, que tenía tan solo nueve años
y había vivido hasta entonces en gran confi-
namiento, estaba impaciente por ver mundo.
De modo que, tan pronto como su padre hubo
exhalado el último aliento, subió a su carroza
y, fustigando al elefante y a la mariquita, salió
del patio de su casa a toda velocidad, sin saber
adónde se dirigía. Sus corceles no se detuvie-
ron hasta llegar al pie de una torre de bronce
que no tenía puertas ni ventanas, habitada por
una vieja hechicera que se había encerrado allí
con sus diecisiete mil esposos.

La torre no tenía más que un solo respirade-
ro, consistente en una pequeña chimenea con
una reja encima a través de la cual a duras pe-
nas podía pasar una mano. Pissimissí, que era
muy impaciente, ordenó a sus corceles que la
trasladaran volando hasta el extremo de la chi-
menea, lo que hicieron al punto, pues eran las
criaturas más dóciles del mundo. Lamentable-
mente, la pata delantera del elefante, al posar-
se sobre el extremo de la chimenea, rompió la
reja con su peso y, al mismo tiempo, taponó
el respiradero hasta el punto de que los espo-

sos de la hechicera se ahogaron por falta de
aire. Como éstos formaban una colección que
ella había reunido a fuerza grandes gastos y
fatigas, no es difícil imaginar su grado de eno-
jo y de rabia. Hizo surgir entonces una tormen-
ta de truenos y relámpagos que duró ocho-
cientos cuatro años y, habiendo convocado un
ejército de dos mil diablos, les ordenó que de-
sollaran vivo al elefante y se lo preparasen con
salsas de anchoas para la cena. Nada hubiera
podido salvar al pobre animal si, en su forcejeo
por soltarse de la chimenea, no se hubiese ti-
rado un pedo, lo que constituye un gran medio
de defensa contra diablos. Huyeron éstos en
todas direcciones y, en su apresuramiento, se
llevaron consigo la mitad de la torre de bronce,
gracias a lo cual quedaron libres el elefante, la
carroza, la mariquita y Pissimissí, quienes, en
su caída, atravesaron el tejado de una botica y
rompieron todos los tarros de medicina.

El elefante, que estaba completamente seco por
la fatiga y no se caracterizaba por su buen gusto,
absorbió al punto con su trompa todas las medi-
cinas, lo que le produjo en las tripas tal variedad
de efectos que, de no ser por la robusta cons-
titución, lo hubiesen matado. Sus deposiciones
fueron tan abundantes que no sólo inundó con
ellas la torre de Babel, junto a la cual se hallaba
la botica, sino que aquel torrente recorrió ochenta
leguas hasta llegar al mar, donde envenenó a
numerosas ballenas y leviatanes, originando una
pestilencia que se prolongó por tres años, nueve
meses y dieciséis días.

Muy debilitado por lo que acababa de suce-
derle, el elefante no pudo tirar de la carroza

¹ – El nombre parece compuesto de la palabra inglesa *miss* y de la francesa *pisser*, de modo que la hija del mercader se llamaría “Señorita meona” o algo por el estilo.

durante dieciocho meses, lo que constituyó una cruel demora para la impaciente Pissimissí, quien a lo largo de ese tiempo no pudo avanzar más de cien millas al día, dado que ella llevaba al animal enfermo en su regazo y la pobre mariquita no podía llevar a cabo, sin ayuda, etapas más largas. Pissimissí, además, comprobaba todo lo que veía a su paso, y lo amontonaba dentro de la carroza, apilándolo debajo del asiento. Así, había adquirido noventa y dos muñecas, diecisiete casas de muñecas, seis carretadas de confites, mil anas de pan de jengibre, ocho perros bailarines, un oso y un mono, cuatro jugueterías con toda su mercancía y siete docenas de baberos y delantales de última moda. Avanzaban renqueantes con toda aquella carga por la cumbre del monte Cáucaso cuando un inmenso colibrí, fascinado por la belleza de las alas de la mariquita –había olvidado decirles que eran de rubíes y tachonadas de perlas negras–, se arrojó al punto sobre su presa, tragándose de un solo bocado a la mariquita, Pissimissí, el elefante y todas sus mercaderías.

Se daba el caso de que aquel colibrí era propiedad de Salomón, quien lo dejaba salir de su jaula todas las mañanas después del desayuno, y el ave regresaba puntualmente a casa a la hora en que el Consejo se disolvía. Nada pudo igualar la sorpresa de Su Majestad y de los cortesanos cuando la entrañable criaturita llegó con la trompa del elefante colgando de su divino piquito. Sin embargo, una vez superado el pasmo inicial, Su Majestad, que era sin duda la personificación de la sabiduría y conocía tanto las ciencias naturales que era una delicia oírle hablar de esas materias, y que coleccionaba también por aquel entonces animales y pájaros disecados en doce mil ál-

bumes del mejor papel de hilo, se dio cuenta inmediatamente de lo que sucedía y, sacando del bolsillo lateral de sus calzones un palillero de diamantes que él mismo había confeccionado, tomó un mondadientes hecho con el único cuerno de unicornio que había visto en su vida, lo introdujo en la trompa del elefante y empezó a tirar de la bestia. Pero toda su filosofía cayó por los suelos cuando vio, atrapada entre las patas del elefante, la cabeza de una linda muchacha, y luego, entre las piernas de ésta, una casa de muñecas cuyas alas se extendían a treinta pies mientras que desde sus ventanas llovía un verdadero torrente de confites que habían sido almacenados allí para ahorrar espacio. Y después pudo ver al oso, apretujado contra las barras del pan de jengibre y prácticamente cubierto por ellas, lo que le procuraba un aspecto deplorable; y al mono, con una muñeca en cada brazo, y los carrillos tan repletos de dulces que le colgaban a ambos costados e incluso se arrastraban por el suelo, como los lindos pechos de la duquesa de ***.

Salomón no concedió gran atención a semejante procesión, cautivo como estaba de los encantos de la bella Pissimissí. Improvisó inmediatamente el Cantar de los Cantares, y lo que acababa de ver –me refiero a todo lo que había salido de la garganta del colibrí– había embarullado hasta tal punto sus ideas que no había en el mundo nada lo suficientemente incomparable para que no lo comparase con la hermosura de Pissimissí. Como él cantaba su Cantar sin acompañamiento musical, y Dios sabe lo espantosa que era su voz, no logró consolar lo más mínimo a Pissimissí: el elefante había desgarrado el mejor de sus baberos y el más bonito de sus delantales, y ella lloraba y chillaba y se deshacía en gemidos, de modo

que, aunque Salomón la tomó en sus brazos y le enseñó todos los tesoros del Templo, no había forma de tranquilizarla.

La reina de Saba, que estaba jugando al chaquete con el Sumo Sacerdote, y que venía todos los octubres a charlar con Salomón, aunque no supiese una sola palabra de hebreo, salió corriendo de su gabinete al oír el barullo y, al ver al rey con una niña desgañitándose en los brazos, le preguntó con impertinencia si convenía a su reputada sabiduría exponerse de esa manera con sus bastardos ante toda la corte. Salomón, en lugar de responderle, seguía cantando: “Tenemos una hermanita que aún no tiene pechos...”, lo que enfadó tanto a la princesa sabea que, encontrándose todavía con uno de los cubiletes de dados en la mano, se lo tiró sin más ceremonias a la cabeza.

Entonces la hechicera de la que antes he hablado y que, haciéndose invisible, había seguido a Pissimissí y era la responsable de sus sucesivas desgracias, desvió a un lado el cubilete y lo dirigió a la nariz de Pissimissí, que era un tanto chata, como la de madame***, por lo que se quedó pegado a ella y, al ser de marfil, Salomón comparó siempre, a partir de entonces, la nariz de su amada con la torre que hay camino de Damasco.

La reina, por su parte, aunque avergonzada de su conducta, no lamentó en su fuero interno el accidente. Pero cuando comprobó que había servido para encender aún más la pasión del monarca, su desdén aumentó otro tanto y, diciéndose a sí misma que Salomón era tan bobo como un millar de viejos estúpidos, mandó traer su silla de posta y se fue hecha una furia, sin dejar ni un penique de propina a los criados. Y desde entonces nadie ha oído nunca qué fue de ella o de su reino. ♦

Traducción de Luis Alberto de Cuenca.



La cebra cuentista

- ❖ Hubo una vez un gato de Siam que pretendía ser un león y que chapurreaba el cebraico. Este idioma es relinchado por la raza de caballos africanos a rayas. He aquí lo que sucede: una cebra inocente está caminando por la jungla y por el otro lado se aproxima el gatito; ambos se encuentran. “¡Hola! –dice el gato siamés en cebraico pronunciado a la perfección–. Realmente es un lindo día, ¿no? ¡El sol brilla, los pájaros cantan, el mundo es hoy un hermoso lugar para vivir!” La cebra se asombra tanto de escuchar a un gato siamés que habla como una cebra, que queda en condiciones de ser maniatada. De modo que el gatito rápidamente la ata, la asesina y arrastra los despojos mejores a su guarida. El gato cazó cebras con éxito durante muchos meses de esta manera, saboreando filete mignon de cebra cada noche, y con los mejores cueros se hizo corbatas de moño y cinturones anchos, a la moda de los decadentes príncipes de la Antigua Corte de Siam. Empezó a vanagloriarse ante sus amigos de ser un león, y como prueba les ofrecía el hecho de que cazaba cebras.



Los delicados hocicos de las cebras les advirtieron que en realidad no había león alguno en las cercanías. Las muertes de cebras provocaron que muchas de éstas soslayaran la región. Supersticiosas, resolvieron que la selva estaba hechizada por el espíritu de un león. Un día, la cebra cuentista deambulaba por ahí, y en su mente se cruzaban argumentos de historias para advertir a las otras cebras, cuando repentinamente sus ojos se iluminaron y exclamó: “¡Eso es! ¡Contaré la historia de un gato siamés que aprende a hablar en nuestro idioma! ¡Qué historia! ¡Esto las hará reír!”. En ese preciso momento apareció ante ella el gato siamés y le dijo: “¡Hola! ¡Qué lindo día es hoy!; ¿no es cierto?”. La cebra cuentista no quedó en condiciones de ser atrapada al escuchar un gato que hablaba su idioma, porque había estado pensando justamente en eso. Miró fijamente al gato y, sin saber por qué, hubo algo en su aspecto que no le gustó, de modo que le dio una coza y lo mató. Tal es la función del cuentista. ♦

El gato

Hector A. Murena

- ❖ ¿Cuánto tiempo llevaba encerrado? La mañana de mayo velada por la neblina en que había ocurrido aquello le resultaba tan irreal como el día de su nacimiento, ese hecho acaso más cierto que ninguno, pero que sólo atinamos a recordar como una increíble idea. Cuando descubrió, de improviso, el dominio secreto e impresionante que el otro ejercía sobre ella, se decidió a hacerlo. Se dijo que quizás iba a obrar en nombre de ella, para librarla de una seducción inútil y envilecedora. Sin embargo, pensaba en sí mismo, seguía un camino iniciado mucho antes. Y aquella mañana, al salir de esa casa, después que todo hubo ocurrido, vio que el viento había expulsado la neblina, y al levantar la vista ante la claridad ennegrecida, observó en el cielo una nube negra que parecía una enorme araña huyendo por un campo de nieve. Pero lo que nunca olvidaría era que a partir de ese momento el gato del otro, ese gato del que su dueño se había jactado de que jamás lo abandonaría, empezó a seguirlo, con cierta indiferencia, con paciencia casi ante sus intentos iniciales por ahuyentarlo, hasta que se convirtió en su sombra. Encontró esa pensión sucia, no demasiado sucia ni incómoda, pues aún se preocupaba por ello. El gato era grande y musculoso, de pelaje gris, en partes de un blanco sucio. Causaba la sensación de un dios viejo y degradado, pero que no ha perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres; no les gustó, lo miraron con repugnancia y temor, y, con la autorización de su accidental amo, lo echaron. Al día siguiente, cuando regresó a su habitación, encontró al gato instalado allí; sentado en el si-

llón, levantó apenas la cabeza, lo miró y siguió dormitando. Lo echaron por segunda vez, y volvió a meterse en la casa, en la pieza, sin que nadie supiera cómo. Así ganó la partida, porque desde entonces la dueña de la pensión y sus acólitos renunciaron a la lucha. ¿Se concibe que un gato influya sobre la vida de un hombre, que consiga modificarla? Al principio él salía mucho; los largos hábitos de una vida regalada hacían que aquella habitación, con su lamparita de luz amarillenta y débil, que dejaba en la sombra muchos rincones, con sus muebles sorprendentemente feos y desvencijados si se los miraba bien, con las paredes cubiertas por un papel listado de colores chillones, le resultaba poco tolerable. Salía y volvía más inquieto; andaba por las calles, andaba, esperando que el mundo le devolviera una paz ya prohibida. El gato no salía nunca. Una tarde que él estaba apurado por cambiarse y presencié desde la puerta cómo limpiaba la habitación la sirvienta, comprobó que ni siquiera en ese momento dejaba la pieza: a medida que la mujer avanzaba con su trapo y su plumero, se iba desplazando hasta que se instalaba en un lugar definitivamente limpio; raras veces había descuidos, y entonces la sirvienta soltaba un chistido suave, de advertencia, no de amenaza, y el animal se movía. ¿Se resistía a salir por miedo de que aprovecharan la ocasión para echarlo de nuevo o era un simple reflejo de su instinto de comodidad? Fuera lo que fuese, él decidió imitarlo, aunque para forjarse una especie de sabiduría con lo que en el animal era miedo o molice.

En su plan figuraba privarse primero de las salidas matutinas y luego también de las de la tarde; y, pese a que al principio le costó ciertos accesos de sorda nerviosidad habituarse a los encierros, logró cumplirlo. Leía un librito de tapas negras que había llevado en el bolsillo; pero también se paseaba durante horas por la pieza esperando la noche, la salida. El gato apenas si lo miraba; al parecer tenía suficiente con dormir, comer y lamerse con su rápida lengua. Una noche muy fría, sin embargo, le dio pereza vestirse y no salió; se durmió enseguida. Y a partir de ese momento todo le resultó sumamente fácil, como si hubiese llegado a una cumbre desde la que no tenía más que descender. Las persianas de su cuarto sólo se abrieron para recibir la comida; su boca, casi únicamente para comer. La barba le creció, y al cabo puso también fin a las caminatas por la habitación. Tirado por lo común en la cama, mucho más gordo, entró en un período de singular beatitud. Tenía la vista casi siempre fija en las polvorientas rosetas de yeso que ornaban el cielo raso, pero no las distinguía, porque su necesidad de ver quedaba satisfecha con los cotidianos diez minutos de observación de las tapas del libro. Como si se hubieran despertado en él nuevas facultades, los reflejos de la luz amarillenta de la bombita sobre esas tapas negras le hacían ver sombras tan complejas, matices tan sutiles que ese solo objeto real bastaba para saturarlo, para sumirlo en una especie de hipnotismo. También su olfato debía haber crecido, pues los más leves olores se levantaban como grandes fantasmas y lo envolvían, lo hacían imaginar vastos bosques violáceos, el sonido de las olas contra las rocas. Sin saber por qué, comenzó a poder contemplar agradables imágenes: la luz de la lam-



parita –eternamente encendida– menguaba hasta desvanecerse, y, flotando en los aires, aparecían mujeres cubiertas por largas vestimentas, de rostro color sangre o verde pálido, caballos de piel intensamente celeste... El gato, entretanto, seguía tranquilo en su sillón. Un día oyó frente a su puerta voces de mujeres. Aunque se esforzó no pudo entender qué decían, pero los tonos le bastaron. Fue como si tuviera una enorme barriga fofa y le clavarán en ella un palo, y sintiera el estímulo, pero tan remoto pese a ser sumamente intenso, que comprendiese que iba a tardar muchas horas antes de poder reaccionar. Porque una de las voces correspondía a la dueña de la pensión, pero la otra era la de ella, que finalmente debía haberlo descubierto. Se sentó en la cama. Deseaba hacer algo, y no podía. Observó al gato: también él se había incorporado y miraba hacia la persiana, pero estaba muy sereno. Eso aumentó su sensación de impotencia. Le latía el cuerpo entero, y las voces no paraban. Quería hacer algo. De pronto sintió en la cabeza una tensión tal que parecía que cuando cesara él iba a deshacerse, a disolverse. Entonces abrió la boca, permaneció un instante sin saber qué buscaba con ese movimiento, y al fin maulló, agudamente, con infinita desesperación, maulló. ♦

Enrique González Tuñón

La mentalidad de las bacterias

- ❖ Leeuwenhoek fue el primero que vio. Se asomó al misterio sin saber que el misterio era un mundo. Tallaba minuciosamente los lentes para ver las cosas aumentadas, porque ello proporcionaba un placer a su curiosidad. Así vio cómo era el ala de una mosca, los estambres de una flor, o una simple hebra de lana. (No en balde había sido dependiente de tienda en Amsterdam). Así vio que la arquitectura íntima de todas esas cosas que él alcanzaba con el ligero aumento de sus lentes, era de una perfección que nadie había soñado o imaginado. Leeuwenhoek, amigo de alquimistas y boticarios, frecuentaba la magia y la ciencia infusa y confusa de aquellos tiempos. Lejos, muy lejos, estaba de pensar que cada vez que se asomaba a sus lentes, bordeaba un mundo misterioso. A él le estaba reservada la gloria de su descubrimiento. Cuando aquel día vio, a través del microscopio fabricado por él, cómo se movían en una gota de agua pequeñísimos animalitos y exclamó con asombro y miedo: “¡Nadan! ¡Dan vueltas! ¡Son mil veces más pequeños que cualquiera de los bichos que podemos ver a simple vista!”. Leeuwenhoek había descubierto un mundo invisible hasta entonces. El mundo de la vida microbiana.

* * *

Leeuwenhoek fue el primero que vio. Luego vinieron los conquistadores y colonizadores. Todas las zonas de aquel mundo fueron exploradas. Se conoció la vida y milagros de todos sus individuos. Se conocieron sus costumbres, su intimidad, sus vicios, sus inclinaciones, sus gustos, sus virtudes, sus pecados originales, sus pasiones. Toda su vida pública y privada al desnudo. Y es así como, desde entonces, se puede con un poco de imaginación, hablar de la mentalidad de las bacterias. Hay en el mundo microbiano una limitación de la vida individual, como si existiera cierta supremacía de los intereses del Estado microbiano sobre el interés de cada uno de los individuos que lo forman. El microbio nunca actúa como individuo. Su vida no cuenta para nada. Es una unidad anónima en las grandes fuerzas de ataque que constituyen la casi totalidad de los Estados microbianos. Se le educa desde chiquito para la guerra. Se le agría el carácter para que sea más virulento. Se le enseña a aprovechar todas las oportunidades y a conocer los momentos propicios para agredir, en grandes masas, a un organismo débil e indefenso. No hay razones que valgan. Es el imperio de la violencia organizada. De la fuerza devastadora. Los Estados microbianos son grandes potencias. La mayoría de ellas, al servicio de la muerte. Muy pocas, al servicio de la vida. Tienen, como los grandes estados humanos,



sus alianzas, sus pactos peligrosos, cuyo único fin suele ser el de destruir la vida.

El hombre vive tranquilo, aparentemente feliz, ajeno al peligro. De pronto, cuando menos lo espera, se produce la invasión de su organismo por los aguerridos ejércitos microbianos. Y ya en el terreno de los hechos consumados, sólo una poderosa reacción de todas sus defensas puede salvarlo. Pero, si no se reacciona a tiempo, las fuerzas mortíferas lo vencen.

Hay Estados microbianos eminentemente guerreros, que pactan entre ellos para asegurarse mejor su presa. Cuando atacan unidos, será difícil que la víctima los resista.

Estas asociaciones son verdaderos ejes. Así como los ejes políticos conmueven al mundo entero, estos ejes microbianos le conmueven al individuo de quien se apoderan, hasta la última célula del organismo. Actúan con perfecto conocimiento del arte y la estrategia de la guerra.

Así como en las guerras de los hombres hay momentos propicios para iniciarlas, tienen los microbios sus estaciones favorables para la declaración de las epidemias.

Hay otra política microbiana que no es la de la guerra franca y declarada, sino la de una guerra encubierta con un falso pacifismo, que termina con una total infiltración de la presa elegida. Para esta tarea hay soldados especializados. Nadie los ve. Eluden la vigilancia de todas las fronteras. No hay para ellos barreras, ni líneas fortificadas que los detengan. Son los virus filtrables. Ni el microscopio los descubre, ni las bujías de porcelana los detienen.

* * *

Pero no todo es guerra y muerte en este mundo de las bacterias. Hay también las bacterias bien nacidas que se ganan la vida honradamente, sin labrar la desgracia ajena. Son los gérmenes saprófitos que viven en compañía del hombre sin causarle enfermedades y, muchas veces, colaborando con él en su tarea de vivir. (Típico ejemplo es el de los microbios que normalmente habitan en el intestino del hombre y de otros animales y trabajan en su proceso digestivo convirtiendo, en una de sus tantas labores, la celulosa en azúcares asimilables. Se les ha llamado, con gran acierto, “comensales”. Comparten con el hombre, en la mesa tendida para todos, el pan y la sal. Sin peleas, sin diferencias, sin discursos, sin envidias, sin rencores).

La vida de las bacterias saprófitas, pacífica y laboriosa, se ve turbada también cuando los agresores invaden, con todo su poder mortífero, el organismo que las hospeda.

Las bacterias benéficas son la excepción. En los grandes Estados microbianos, guerra de conquista y destrucción es la voz de orden.

Y ya se ve qué extraordinaria semejanza existe entre el mundo microbiano y el mundo en que vivimos.

La vocación armamentista y guerrera del hombre lo identifica con la mentalidad de las bacterias. ♦

Yzur

- ❖ Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo ni sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. “No hablan, decían, para que no los hagan trabajar.”

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en un grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro está que si llegara a demostrarse esto, quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero ello no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un Cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concernien-

te al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábase que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla, sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras.

Por lo que hace a la circunvolución de Broca,

depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea fatalmente el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son, desde luego, incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La facultad estribaba solamente en el método que emplearía para comunicarle la palabra.

Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir, que ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez; cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquélla. Después, otros caracteres más peculiares por ser más

específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora: la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al mareo.

Decidí entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más móviles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Esta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba –quizá por mi expresión– la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sen-

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable.



tado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales se halla asociado con el de la palabra en forma tal, que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentado en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una “concatenación dinámica de las ideas”, frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los ani-

males que conocen al hombre huyen de él, y no aquellos que nunca lo conocieron?... Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquélla, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con papa; *e* con leche; *i* con vino; *o* con coco; *u* con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviera contenida en el nombre de la golosina, ora en dominio único y repetido como en papa, coco, leche, ora reuniendo los dos acentos, tónicos y prosódico, es decir como sonido fundamental: vino, azúcar.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. La *u* fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes diéronme un trabajo endemoniado; y a poco hube de comprender que

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales.



Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur.

nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales; la *b*, la *k*, la *m*, la *g*, la *f* y la *c*, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como con un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar, como los perros, sus compañeros de tareas; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición vertiginosa de *pes* y de *emes*.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditabundas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas.

Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Éste se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme

de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería.

El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono “hablando verdaderas palabras”. Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: cama y pipa. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamélo al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las *pes* y las *emes* con que me tenía hartado, las guiñadas hipócritas y –Dios me perdone– una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos. A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro; toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquél, por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste, por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

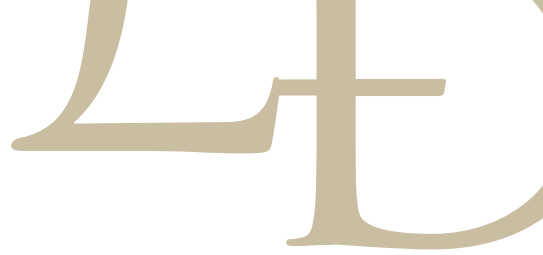
Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de la cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos llenos de

gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviera detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábase, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejé solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Habléle con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquéllas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el “yo soy tu amo” con que empezaba todas mis lecciones, o el “tú eres mi mono” con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a su espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía un sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios. Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, redoblaba mis precauciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio.

Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquél era caso perdido.



Mas, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenarismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenía su secreto formado por misterios de bosque y abismo de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo.

Infortunios del antroipoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado del encanto intelectual que es el fruto paradisiaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su estirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en

distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que al borde mismo del éxito había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral difundida en la especie bajo un instintivo horror oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última tarde, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración. Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él que hube de inclinarme inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro: el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron –estoy seguro– brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

–AMO, AGUA. AMO, MI AMO... ♦

Relatos del diablo

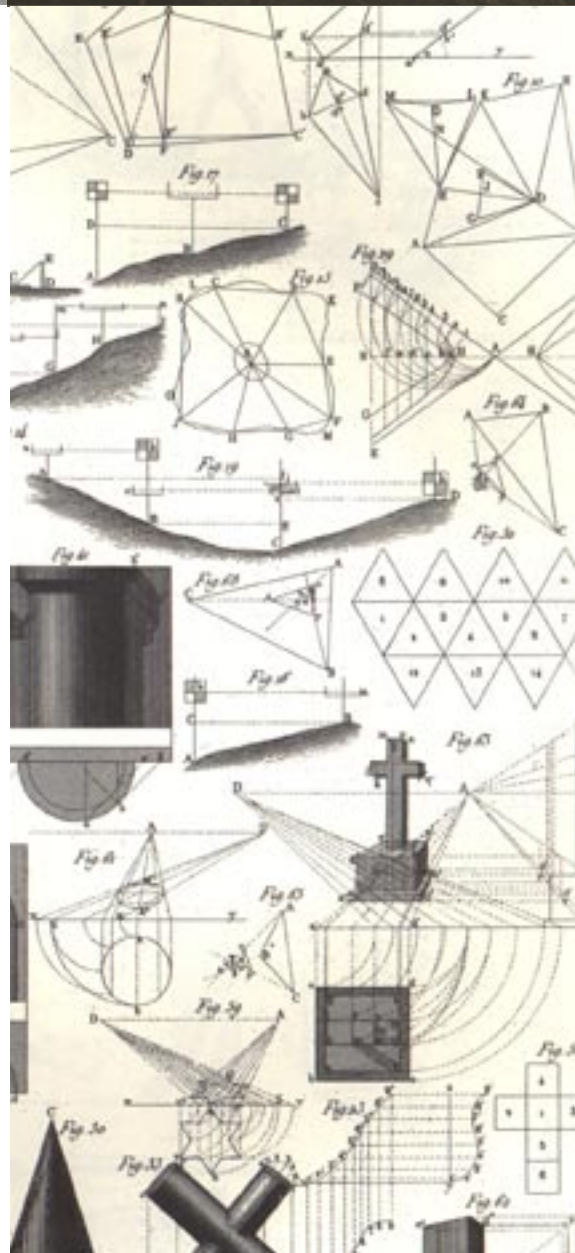
Algo tranquilizado por mis reflexiones, me acuesto sobre la espalda, extendiendo las piernas; pronuncio la evocación con voz clara y firme; y, engolando la voz, llamo tres veces y a muy breves intervalos: ¡Belzebut!

Un temblor me corría por las venas y se me erizaba el pelo.

Apenas hube terminado, una ventana de dos batientes se abrió frente a mí, en lo alto de la bóveda: un torrente de luz más cegadora aún que la del día entró por esa abertura; una cabeza de camello, horrible tanto por su tamaño como por su forma, se presentó en la ventana: sobre todo, tenía orejas desmesuradas. El repugnante fantasma abre el hocico y, con un tono acorde con el resto de la aparición, me responde: *Che vuoi?* Todas las bóvedas, todas las catacumbas de los alrededores resuenan con el terrible *Che vuoi?*

Jacques Cazotte, El diablo enamorado

Fredric Brown



¡Atención a la figura!

- ❖ Henry miró su reloj. Eran las dos de la mañana. Cerró el librejo desesperado. Seguramente lo suspenderían al día siguiente. Cuanto más empollaba la geometría, menos la comprendía. Había fracasado ya dos veces. Con seguridad lo echarían de la Universidad. Sólo un milagro podía salvarlo. Se enderezó. ¿Un milagro? ¿Por qué no? Siempre se había interesado por la magia. Tenía libros. Había encontrado instrucciones muy sencillas para llamar a los demonios y someterlos a su voluntad. Nunca había probado. Aquel era el momento o nunca. Tomó de la estantería su mejor obra de magia negra. Era sencillo. Algunas fórmulas. Ponerse a cubierto en un pentágono. Llega el demonio, no puede hacernos nada y se obtiene lo que se desea. ¡El triunfo es nuestro! Despejó el piso retirando los muebles contra las paredes. Luego dibujó en el suelo, con tiza, el pentágono protector. Por fin pronunció los encantamientos. El demonio era verdaderamente horrible, pero Henry se armó de coraje. –Siempre he sido un inútil en geometría –comenzó. –¡A quién se lo dices!– replicó el demonio riendo burlonamente. Y cruzó, para devorar a Henry, las líneas del hexágono que aquel idiota había dibujado en vez del pentágono. ♦

Ramón Gómez de la Serna

Peor que el infierno

- ❖ ¡Oh, la crueldad incomprensible, inadmisible! La sentenció Dios a muchos miles de siglos de purgatorio porque si los hombres al que no matan, al que absuelven de la última pena lo sentencian casi a lo mismo con sus treinta años, Dios, al que perdona del infierno, lo condena, a veces, a toda la eternidad menos un día, y aunque ese día mata por completo toda la eternidad, ¡cuán vieja y cuán postrada no estará el alma el día en que cumpla la condena! Estará idiota como el alma de la ramera Elisa, de Goncourt, cuando sale del presidio silencioso. “¡Cuántas hojas de almanaque, cuántos lunes, cuántos domingos, cuántos primeros de año esperando un primero de año separado por tantísimos años!”, pensaba el sentenciado, y no pudiendo resistir aquello, le pidió al Dios tan abusivamente cruel, que le desterrase al infierno definitivamente, porque allí no hay ninguna impaciencia. “¡Matadme la esperanza! ¡Matad a esa esperanza que piensa en la fecha final, en la fecha inmensamente lejana!”, gritaba aquel hombre que por fin fue enviado al Infierno, donde se le alivió la desesperación. ♦



Silvina Ocampo



Informe del Cielo y del Infierno

❖ A ejemplo de las grandes casa de remate, el Cielo y el Infierno contienen en sus galerías hacinamientos de objetos que no asombrarán a nadie, porque son los que hay en las casas del mundo. Pero no es bastante claro hablar sólo de objetos: en esas galerías también hay ciudades, pueblos, jardines, montañas, valles, soles, lunas, vientos, mares, estrellas, reflejos, temperaturas, sabores, perfumes, sonidos, pues toda suerte de sensaciones y de espectáculos nos depara la eternidad. Si el viento ruge, para ti, como un tigre y la paloma angelical tiene, al mirar, ojos de hiena, si el hombre acicalado que cruza por la calle, está vestido de andrajos lascivos; si la rosa con títulos honoríficos, que te regalan, es un trapo desteñido y menos interesante que un gorrión; si la cara de tu mujer es un leño descascarado y furioso: tus ojos y no Dios, los creó así. Cuando mueras, los demonios y los ángeles, que son parejamente ávidos, sabiendo que estás adormecido, un poco en este mundo y un poco en cualquier otro, llegarán disfrazados a tu lecho y, acariciando tu cabeza, te darán a elegir las cosas que preferiste a lo largo de tu vida. En una suerte de muestrario, al principio, te enseñarán las cosas elementales. Si te enseñan el sol, la luna o las estrellas, los verás en una esfera de cristal pintada, y crearás que esa esfera de cristal es el mundo; si te muestran el mar o las montañas, los verás en una piedra y crearás que esa piedra es el mar y las montañas; si te muestran un caballo, será una miniatura, pero crearás que ese caballo es

un verdadero caballo. Los ángeles y los demonios distraerán tu ánimo con retratos de flores, de frutas abrigantadas y de bombones; haciéndote creer que eres todavía niño, te sentarán en una silla de manos, llamada también silla de reina o sillita de oro, y de ese modo te llevarán, con las manos entrelazadas, por aquellos corredores al centro de tu vida, donde moran tus preferencias. Ten cuidado. Si eliges más cosas del Infierno que del Cielo, irás tal vez al Cielo; de lo contrario, si eliges más cosas del Cielo que del Infierno, corres el riesgo de ir al Infierno, pues tu amor a las cosas celestiales denotará mera concupiscencia. Las leyes del Cielo y del Infierno son versátiles. Que vayas a un lugar o a otro depende de un ínfimo detalle. Conozco personas que por una llave rota o una jaula de mimbre fueron al Infierno y otras que por un papel de diario o una taza de leche, al Cielo. ♦



Poesía



Canto primero

*hago profesión de no saber más cosa que del Amor...
Que bajo felices auspicios comience, pues,
Phaidros a hacer el elogio del Amor.*

Platón, El Banquete o del Amor

Torpe traductor, desgarrado,
poseso por alba
hierbas del silencio.

Deja atrás remordimiento,
apártate de miedo y obligados
pues droga dorada
dirá secretos al desposeído.

Abrir ojos al sol
en tiempos de azufre;
desprendidos cantar Albas
apremia.

¡Seamos día naciente!

Palabras de fuente
susurradas al sediento.
Nuestro el Resplandor.

Amar será materia profunda,
brisa que vida agita

destello, conciencia
y Amor, cielo recordado

verano inagotable
arrastrando al océano.

Liberado del apego,
he de retornar
con semblante alto,
rostro de oro.

A lo ansiado andamos y es hoguera
donde perder habla y aliento
recuperada potencia primera.

Amor conduce a materia primitiva.
¿Quién recobrará alas
para emprender migración añorada?

Rostro luminoso

¿Quién me dio a beber
miel y cáñamo
en horas grises
recuerdo innumerado?

Días nublados nacen en la mente.
Soledad nace en la mente.
Deber y terror asfixian
y prolongan agonía.

Ojo interior
escucha y guía
impasible sobre abismo.

Eres tumba:
sin apegos
un rostro emerge luminoso
en cada poro de mi cuerpo.

Lo que siempre estuvo

Úsame para amarte
descubriendo en mí
fulgor que segregas
al besarme.

Estrella hurgo en ti
y extraigo ardiente.

¡Cuando Amor sea cierto,
saltaremos al ajeno!
Cuando nuevas facultades
prevenciones desmoronen
deseo de ser otro
para en Otro descubrirnos,
resplandeciente guiará

y nada morirá cuando reencuentre
el espíritu: incólume
a trasmutaciones permanece.

La Unidad será develada.

Utiliza mi cuerpo como puerta abierta
al silencio precedente

y yo te amaré como si fueses ángel
y ángel fuese un espejo.

Te llamaré Yo
sabiendo en ti gestada
Luz que vulnera.



la piel

(rerum natura)

- 1
las muy perras/ las serpientes
se inventan luminosas
una vez al año.
- 2
extraña transparencia tubular.
- 3
el líquido azulino
entre la piel y la carne
hostiga la visión.
es hora de buscar otra escama cristalina/
otros párpados.
- 4
ellas no escuchan
el proceso de la muda,
el gelatinoso golpe lento.
porque son sordas.
- 5
nadie usa una piel abandonada.
- 6
si pudiera
tal vez
cubirme de escamas
hacerlas una a una
y encastrarlas

como una nueva piel
de indolora queratina.

- 7
el draco volans
el camaleón
los pequeños cocodrilos
cambian la piel
en etapas:
el dolor/
lejos de la belleza del instante
que fulgura.
así sea.

(civitatem)

- 1
imposible
sacar toda la piel
como una tela
intacta

se elige
la zona
preferida.
- 2
tal vez la cabellera
sea aquello que distingue.
así las crines
del caballo
flotan
lustrosas
bajo el aire

bajo el sol
de la mañana.

- 3
tal vez la cabellera
sea aquello que distingue
y se trenza y se ata
en rudimentarias
formas.

- 4
se elige
aquello que distingue.
no lo que nos une
sino lo otro.

- 5
una incisión rápida
horizontal
en la línea imaginaria
que separa
la frente del sitio exacto
en que el cabello implanta.

- 6
hay un líquido entre el cuero
grueso
que cubre esa cabeza
y el hueso blanco que cierra
las alturas.

- 7
como si:
sacar la piel
de un pollo
o mejor
de un viejo gallináceo.

- 8
casi como un casco
a secar
a la punta de un palo
para que el sol
dé forma
haga su trabajo.





Adelanto

Fernanda García Lao

Fernanda García Lao obtuvo el 3^{er} premio en el Certamen Julio Cortázar 2004, organizado por la Casa del Escritor de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con la novela **La perfecta otra cosa**. Posteriormente, su obra **Muerta de hambre** obtuvo el 1^{er} premio en el Régimen de Fomento del Fondo Nacional de las Artes año 2004. A continuación, transcribimos dos fragmentos iniciales de este último libro que publica la editorial El Cuenco de Plata.

Advertencia sobre mi vida

❖ Hasta hace unos meses había creído en mis recuerdos más nítidos y dudaba de otros, por nebulosos o generales. Ahora, dudo de todo. He cotejado algunos datos con objetos sobrevivientes de aquellos días y he descubierto que lo que yo consideraba “recuerdo inobjetable”, también es dudoso, al menos en potencia. Por ejemplo, del año 1974, lo único que recordaba con exactitud era a mi tía alzando la copa en fin de año y diciendo “Qué increíble, ya estamos en 1974”. Ahora bien, siendo más detallista, de lo que estoy completamente convencida es de que mi tía dijo algo en 1974 que tenía que ver con la velocidad con la que pasan los años. Pudo haber sido nochebuena o navidad, antes o después de un brindis. La palabra “increíble” también pudo no haber sido pronunciada. Con asombro he descubierto, gracias a una fotografía que tomamos en la tumba de mi tía, que fue sepultada el cinco de agosto de 1970. A pesar de semejante revelación anacrónica, he sentido la imperiosa necesidad de reconstruir mi

vida. Y no importa si he sido fiel a lo que pasó o a lo que sospecho que pasó, porque es exactamente lo mismo. Al menos para mí. La memoria no existe, murió en el '70 en estado de ebriedad.

Paradójicamente, lo único que tengo es un pasado apócrifo. Este presente es tan inútil, que sólo sirve de soporte a eso otro tan enorme, amorfo e incierto que quedó atrás. He dispuesto este relato a modo de estructura digestiva, desde el primer movimiento: acercarse a un plato de comida, hasta el último: desprenderse de lo ingerido. Observarán también, el uso indiscriminado de tiempos pretéritos o presentes: Así he vivido, sin poder distinguir adelante de atrás. Organícenme a su gusto. Y no tengan piedad conmigo, yo no la tuve con nadie.

MaríaBernabéCastelar
(Sin respirar)

Cerca del plato

*“Yo no era nada,
por lo tanto,
podía permitírmelo todo”*

Witold Gombrowicz

❖ 1.
He sido gruesa y desgraciada desde que tengo memoria. En mis sueños, sin embargo, llevaba casaca-beles o meaba en un frasco, alocadamente. Me recuerdo corriendo por las praderas inmaculadas de mi infancia siendo infeliz y transpirando. Tenía secretos escondidos detrás del sillón. Cosas inservibles pero frescas. Tijeras y cucharitas de postre. Las pasaba por mi cara siempre acalorada por la furia de ser y pensar como una gorda de treinta y nueve años. Mis padres se escabullían en fiestas y en viñedos y yo fumaba los restos que dejaba la empleada, en el cenicero de servicio. El hecho de no tener hermanos me dio la libertad de ser desgraciada sin testigos. Pero observaba con rencor a la familia numerosa que vivía enfrente. Allí ninguno era imprescindible. Si faltaba algún miembro, nadie lo echaba en falta. En mi caso la presencia era un factor determinante. Mis padres pasaban revista a mis orejas cada mañana. Los días de mi niñez eran una sucesión de momentos interminables y sin cierre. Todo se alargaba más de lo normal. La noche se recostaba sobre la mañana y juntas caían sobre la tarde sin definir claramente sus límites. En mi casa había habitaciones donde era de día y otras donde la luna brillaba sobre los mármoles.

También los climas eran simultáneos. Mi madre prefería el balcón de invierno y mi padre, la calidez de los cuartos de baño. Yo gozaba de la indefinición templada del salón de juegos.

Después de tomar el jugo de naranjas recién exprimidas, probaba las mermeladas sobre diversos tipos de panes crudos o tostados. Dedicaba horas a la deglución matinal. Un vecino me pasaba a buscar y me trasladaba hasta el colegio. Es un dato importante porque siempre fui a colegios lejanos. Recorríamos media provincia y afortunadamente esperaban mi presencia para comenzar las clases. El vecino era un taxista sin papeles, que siempre lavaba el auto.

Recuerdo mi cuerpo deformado, peleando su libertad contra la tela cuadriculada. Sentía las miradas de desprecio en cuanto descendía del automóvil. Mis compañeros eran altos y rubicundos. Todos con los dientes perfectos y con olor a crema de enjuague.

Sin embargo esas magníficas piezas debían esperar a que la gorda inaugurara la jornada escolar. Siempre tuvimos contactos en el ministerio. Yo destacaba en gimnasia a pesar de mi tamaño. Era muy resistente. Corredora de fondo. Siempre quedaba segunda porque el primer puesto era rotativo, pero yo no.

Nunca pude saltar el potro por un tema psicológico. Así que cuando se armaba la fila, me iba al baño.

Fui una alumna mediocre. Mis cálculos eran aproximados. “No vas a necesitar de las matemáticas”, era la frase que repetía la inútil de turno, bajo el delantal blanco. ♦



Trailers

así los presentan los editores



D. H. Lawrence Henry Miller

Pornografía y obscenidad

Editorial Argonauta

Lawrence y Miller se propusieron dignificar el sexo por dos caminos distintos.

En Lawrence se da por sobre todo de un modo penetrante, severo, directo, la vivencia del amor tal como es en realidad; en Miller de un modo indirecto, mediante el manejo de una obscenidad violenta, grotesca o dramática, que intenta sacudir las telarañas que siglos de represión han acumulado sobre el amor.

Lawrence y Miller pertenecen a la cohorte de aquellos para quienes la palabra es un instrumento inflamable y explosivo, y ellos mismos están recorridos por un fuego interior cuya incandescencia se propaga a la expresión.



Raúl Scalabrini Ortiz

El hombre que está solo y espera

Editorial Biblos

Para muchos de sus contemporáneos, *El hombre que está solo y espera* fue “verdaderamente una biblia porteña que trata del amor, de la amistad, de la política, del juego, de la aventura, del aburrimiento, y de la tragedia sexual de Buenos Aires”. Para otros, se trató de “un libro que es a Buenos Aires como *Don Segundo Sombra* y *Martín Fierro* son a la pampa”.

El tiempo transcurrido desde entonces ha revestido a este libro de nuevas resonancias. Críticos e historiadores lo reconocieron como una de las obras clave del ensayo de interpretación nacional. Acompañando esta cuidadosa edición de *El hombre que está solo y espera*, los textos de Alejandro Cattaruzza, Fernando D. Rodríguez y Sylvia Saïtta recuperan para los lectores del siglo XXI un clásico de las letras argentinas del siglo XX.



Jean Cocteau

Cartas a mi madre

Libros del Zorzal

Detrás de la inocencia de estos textos, el versátil autor consigue superar lo cotidiano y dar cuenta, a través de su pluma de poeta, del apogeo y ocaso de la *Belle Époque*, que coincidió con sus años de juventud.



Oscar Steimberg

El pretexto del sueño

Santiago Arcos editor

Hay sueños en los que se cree recordar algo que habría ocurrido ya una, muchas veces. Pero además, cuando se despierta de esos sueños suele creerse que esa insistencia asegurará que el sueño sea recordado, que no hará falta escribirlo, que no hará falta grabarlo. Y es increíble, en minutos se olvida de todo. Hasta los sueños más nítidos, por lo menos en esa versión que uno cree que recordará.



Patricia M. Artundo

(Organizadora)

Alejandro Xul Solar. Entrevistas, artículos y textos inéditos

Editorial Corregidor

Entrevistas, artículos y textos inéditos responde al creciente interés que despierta Xul Solar no sólo en la comunidad académica nacional e internacional, sino también al de un público que busca afanosamente claves de lectura para poder aprehenderlo. Por primera vez el lector tendrá acceso a un conjunto importante de textos que le permitirán acercarse a este artista desde un lugar privilegiado: la totalidad de entrevistas que concedió durante su vida, además de los artículos que publicó y otros que permanecieron inéditos. En todos ellos quedan al descubierto sus intereses personales, sus creaciones (el panajedrez, su teatro de títeres para adultos, sus nuevos sistemas de escritura, la modificación del teclado de piano, entre otros más), y, también por vez primera, el lector tendrá acceso a aquellos escritos que describen sus visiones místicas.



E. A. Poe
Guy de Maupassant
Pedro A. de Alarcón
Emilia Pardo Bazán
Ambrose Bierce

Cuentos de muerte y terror

Ediciones del Naranja

Desde siempre, el misterio y lo sobrenatural han cautivado a las personas. Esta antología reúne historias de terror –como los clásicos cuentos de E. A. Poe y Guy de Maupassant, entre otros –en las que no se nos revelan seres monstruosos, sino simplemente el lado oscuro del interior de cada uno, que de pronto emerge en la vida cotidiana y la convierte en pesadilla.



Raúl Etchelet

Niní Marshall. La biografía

Ediciones La Crujía

Cientos de diarios y revistas fueron recorridos día por día; horas y horas de charlas y testimonios grabados en cualquier ocasional encuentro y en entrevistas ansiosamente esperadas; recortes amarillentos y viejas fotografías acumuladas en sobres cronológicamente ordenados; archivos fílmicos y documentos privados cedidos con afecto para revelar la increíble travesía de una mujer pequeña, hija de inmigrantes, que el tiempo convirtió en la humorista más importante de Argentina.



Dossier

Washington Irving

Rip Van Winkle

Para Woden, dios de los sajones, de donde se deriva Wensday; es decir, Wodensday. La verdad es algo que siempre conservaré hasta el día en que yazca en mi sepultura...

Cartwright

- ❖ Quien haya hecho un viaje hasta el Hudson no dejará de recordar las montañas Kaatskill. Son una ramificación de la gran familia de los Apalaches; se ven desde la parte oeste del río, elevándose a una gran altura y enseñoreándose de todo el terreno que la circunda. Con cada cambio de estación, de temperatura y hasta de hora, alguna variación se produce en sus matices y formas y todas las buenas esposas de la vecindad o de más allá los consideran perfectos barómetros. Cuando la temperatura es suave y agradable, las montañas se visten de azul y púrpura, y sus arriscados contornos se recortan en el claro cielo del atardecer; pero ciertas veces, cuando el resto del paisaje está despejado, acumulan alrededor de sus cúspides como un manto de vapor grisáceo que con los últimos rayos del sol, se enciende y se ilumina semejando una corona de gloria. Al pie de estas montañas encantadas el viajero puede descubrir el humo ligero que se eleva sinuoso de un pequeño pueblo de tejados brillantes, situado exactamente allí donde los azules de la altiplanicie se confunden con el verde puro del paisaje más próximo. El pueblito es muy antiguo y fue fundado por algunos colonos holandeses en los primeros tiempos de la provincia, justamente al iniciarse la administración del buen Peter Stuyvesant (que en

paz descanse). Aún se conservan en el lugar algunas de las casas levantadas por los primitivos colonizadores que allí vivieron durante varios años, casas construidas de pequeños ladrillos amarillos traídos de la misma Holanda con ventanas enrejadas y frentes con aleros y, todas ellas, rematadas por una veleta.

En una de las casas de este pueblo (castigada por el viento y carcomida por la polilla), vivía desde largo tiempo atrás, cuando todavía el país era una provincia de la Gran Bretaña, un individuo simple, de buen carácter, cuyo nombre era Rip Van Winkle. Descendía de los Van Winkle que habían actuado tan valientemente en los caballerescos días de Peter Stuyvesant, a quien habían acompañado en el sitio de Fort Christina. Pese a ello, poco había heredado del carácter marcial de sus antepasados. Yo había observado que se trataba de un hombre simple y de buen carácter y que era, además, un buen vecino y un esposo complaciente y dominado. En realidad, este hecho podía deberse a esa humildad de espíritu que le había proporcionado una popularidad tan universal; porque estos hombres que sufren bajo las garras de las arpías domésticas son los más inclinados a ser obsequiosos y conciliadores fuera de sus casas. Sin duda, sus caracteres se vuelven maleables y dóciles en el horno ardiente de las penurias cotidianas y mantener una simple charla con ellos valdría más que todos los sermones del mundo para comprender las virtudes de paciencia y largo sufrimiento. Por lo tanto, en algunos aspectos una esposa arpía puede considerarse como una verdadera

Yo había observado que se trataba de un hombre simple y de buen carácter y que era, además, un buen vecino y un esposo complaciente y dominado.

bendición; y si es así Rip Van Winkle estaba bendecido de sobra.

Entre todas las buenas esposas del pueblo él era el gran favorito. Como es costumbre entre el bello sexo, las mujeres se declaraban de su parte en todas las disputas familiares, y siempre que hablaban de estos temas en sus comadreos vespertinos culpaban a Dame Van Winkle. También los niños del pueblo lo recibían con alegría cuando él llegaba, porque él asistía a sus deportes, les fabricaba juguetes, les enseñaba a remontar barriletes y a lanzar bolos, les contaba largos cuentos de fantasmas, brujas e indios. Siempre que se escapaba por el pueblo lo rodeaba una tropa de chicos que se le colgaba de la ropa, trepaban por sus espaldas y le gastaba bromas con total impunidad. Y ni siquiera un perro se atrevía a ladrarle cuando él pasaba por la vecindad y sus alrededores.

El gran defecto de Rip era su insuperable aversión hacia toda clase de trabajo remunerado. Esto no provenía de su falta de asiduidad o constancia porque era capaz de sentarse en una piedra húmeda, con un caña larga y pesada como la lanza de un tártaro, y quedarse pescando todo el día sin cansarse, aunque no picase ni un solo pez; podía cargar sobre sus hombros una escopeta y caminar durante horas atravesando bosques y pantanos, escalando cerros y bajando cañadas, para disparar sobre algunas ardillas o patos silvestres; nunca rehusaba ayudar a un vecino en su trabajo más duro, y era el primero en el pueblo que se divertía desgranando el trigo indio o levantando

cercas de piedras. Las mujeres también lo empleaban para sus recados y para hacer todas esas pequeñas y extrañas tareas que sus esposos menos complacientes no hacían por ellas. En una palabra, Rip siempre estaba dispuesto a ocuparse del negocio de cualquiera, menos del suyo propio; le resultaba imposible cumplir con sus obligaciones familiares y mantener su granja en orden.

En realidad, según decía, no le gustaba trabajar en su granja, porque era el lugar más infecto del país; todo ahí andaba mal y continuaría mal a pesar suyo. Las cercas se caían continuamente a pedazos; su vaca, o se perdía, o se metía en el sembrado de coles segura de no ser molestada; la mala hierba crecía libremente en sus campos más rápido que en ningún otro; siempre llovía precisamente cuando él tenía que trabajar afuera; por lo tanto, aunque bajo su dirección, su patrimonio había disminuido, acre a acre, hasta casi convertirse en un mero trozo de tierra sembrado de papas y trigo indio, todavía era la peor granja de la vecindad.

Sus hijos eran tan salvajes y harapientos como si no pertenecieran a nadie. Rip, un pillo engendrado a su imagen y semejanza, prometía heredar sus costumbres junto con las viejas ropas de su padre. Por lo general, se lo veía cabalgando como un potro pegado a los talones de su madre y equipado con unas ropas de desecho de su padre, que le hacían trajinar tanto para sostenerlas con una mano, como la cola de los vestidos a las señoras hermosas cuando hacía mal tiempo.

Sin embargo, Rip Van Winkle era uno de esos seres felices de carácter dulce y sencillo, que toman la vida con serenidad, que comen pan blanco y moreno, que están siempre dispuestos para todos y que prefieren morir de ham-

bre con un peñique que trabajar por una libra. De dejarlo, hubiera prescindido de la vida con todo contento; pero su esposa continuamente le echaba en cara su pereza, su falta de cuidado y la miseria a que estaba condenando a la familia. De mañana, al mediodía y a la noche, la lengua de su mujer no descansaba ni un instante: todo lo que él hacía o decía provocaba siempre un torrente de elocuencia casera. Rip sólo tenía una forma de replicar a todos esos sermones, y por el frecuente uso, esa forma se había convertido en una costumbre. Se encogía de hombros, sacudía la cabeza de un lado para otro, miraba el techo, pero no contestaba.

Como es natural, esto provocaba una descarga cerrada de su esposa; así que Rip se armaba de todas sus fuerzas y se iba al sitio que, en realidad, pertenece a todo marido dominado. El único ser de la casa adicto a Rip era Lobo, su perro, pero estaba tan dominado como su amo: Dame Van Winkle lo suponía compañero de holgazanería, y miraba a Lobo de mala manera por considerarlo la causa de los extravíos de su amo.

La verdad es que considerando todos los aspectos favorables a un perro como es debido, Lobo era un animal tan valeroso como cualquier rastreador de los bosques; pero ¿qué valentía resiste a los terrores permanentes y acosadores de una lengua viperina? Desde el momento en que Lobo entró en la casa, el coquete se le vino abajo, el rabo cayó a tierra o se le metía entre las patas y se arrastraba con aire acobardado echando largas miradas de soslayo a Dame Van Winkle y a la menor señal de escobazo o cucharazo, volaba precipitadamente hacia la puerta.

A medida que iban pasando los años la situación de Rip Van Winkle se hacía cada vez

peor; el mal carácter no mejora nunca con la edad, y una lengua viperina es el único instrumento cortante que se afila más con el uso continuo. Desde hacía mucho tiempo, cada vez que se marchaba de la casa Rip se consolaba frecuentando una especie de club integrado por los individuos más sabios, más filósofos y más holgazanes del pueblo. El club celebraba sus sesiones en un banco ubicado frente a una pequeña posada en cuya puerta lucía la rubicunda estampa de su majestad Jorge III. Allí solían sentarse a la sombra durante los lentos y calurosos días de verano, comentando sin cuidado los chismes del pueblo o contando largos soñolientos relatos sobre nada. Sin embargo, eran como para pagar las profundas discusiones que tenían lugar a veces, cuando, por casualidad, algún viejo periódico olvidado por algún viajero de paso caía en sus manos. Con qué seriedad escuchaban el contenido del periódico que lentamente iba leyendo Derrik Van Bummel, el maestro, un hombrecito vivaz e instruido que no se acobardaba ante las más altisonantes palabras del diccionario; ¡y en qué forma, con cuánta sagacidad se deliraba sobre los acontecimientos públicos algunos meses después de que éstos se produjeran!

Las opiniones de este cónclave estaba bajo el completo control de Nicholas Vedder, patriarca del pueblo y dueño de la posada, a cuya puerta se sentaba desde la mañana hasta la noche, moviéndose solamente para evitar el sol y permanecer a la sombra de un hermoso árbol; de esa forma los vecinos podían saber la hora exacta con la misma seguridad que si mi-

Como es natural, esto provocaba una descarga cerrada de su esposa; así que Rip se armaba de todas sus fuerzas y se iba al sitio que, en realidad, pertenece a todo marido dominado.

rasen al reloj de sol. Realmente el anciano no ponía la menor atención a lo que se decía pero fumaba continuamente su pipa. Sin embargo, sus adictos (porque todo gran hombre los tiene) lo comprendían perfectamente y sabían cómo interpretar sus opiniones. Cuando alguna lectura o algún relato le disgustaba se lo veía fumar la pipa con vehemencia, lanzando con reiteración cortos y coléricos resoplidos; cuando algo lo satisfacía, arrojaba el humo lentamente y con tranquilidad formando ligeras y suaves nubecillas; algunas veces, sacándose la pipa de la boca, lanzaba el fragante vapor por las ventanas de la nariz y movía la cabeza gravemente, en señal de perfecta aprobación.

Casi siempre, el desdichado Rip era arrancado de esta plaza fuerte por la arpía de su mujer, quien irrumpiendo en la tranquilidad de la asamblea, llamaba inútiles a todos sus integrantes; ni el propio Nicholas Vedder, augusto personaje, se libraba de la lengua punzante de esta terrible mujer, quien lo acusaba sin contemplaciones de ser el causante de la haraganería de su marido.

Por fin, el pobre Rip cayó en la desesperación; para escapar del trabajo de la granja y de los gritos de su esposa, su única alternativa era tomar el fusil y vagabundear por el bosque. Algunas veces se sentaba allí, al pie de un árbol y repartía su comida con Lobo, su sufrido compañero de persecución.

—¡Pobre Lobo —le decía—; tu dueña te da una verdadera vida de perro; pero no te preocupes querido; mientras yo viva jamás tendrás necesidad de un amigo que te cuide!

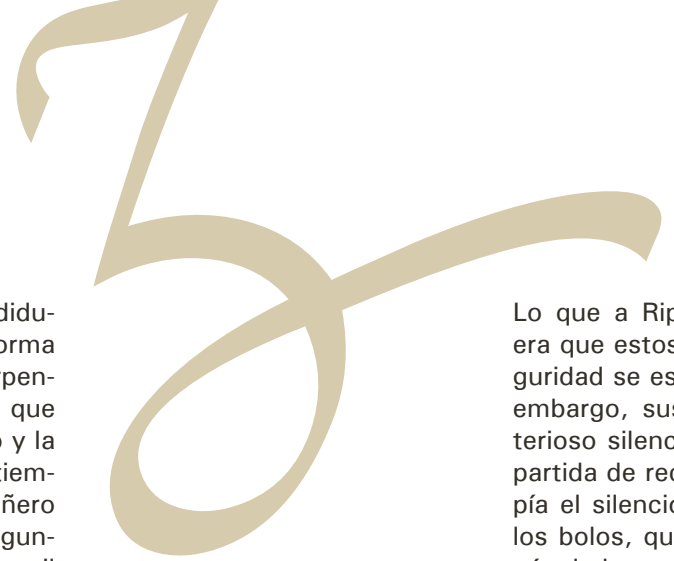
Lobo meneaba la cola, miraba ávidamente la cara de su amo, y si los perros pudieran sentir piedad, yo creería realmente que él correspondía con todo su corazón a ese sentimiento.

Un hermoso día de otoño, durante una larga caminata de esta clase, Rip había escalado sin darse cuenta uno de los picos más elevados de las montañas Kaatskill. Estaba absorto en su deporte favorito: la caza de ardillas. Una y otra vez las silenciosas soledades le devolvían el eco de los disparos de su fusil. A última hora de la tarde, jadeante y fatigado, se dirigió a una verde loma cubierta de hierba, que coronaba la cima de un precipicio. Por un claro entre los árboles pudo contemplar casi todo el campo que, en una extensión de muchas millas de ricos bosques, se extendía a sus pies. A la distancia vio el señorial Hudson, lejos, lejos por debajo de él, recorriendo en silencio su majestuoso curso, con el reflejo de una nube púrpura o el desplazarse de una barca, rezagada, dormido, aquí y allá en su cristalino seno, para acabar, por fin, perdiéndose entre las montañas azules.

Del otro lado vio una profunda cañada, salvaje, desierta y áspera, con el fondo lleno de riscos rotos, amenazadores y apenas visible el reflejo de los últimos rayos del sol. Por algunos instantes, Rip quedó pensativo a la vista de este espectáculo; lentamente la noche avanzaba; las montañas empezaban a tender sobre los valles sus largas sombras azules. Rip pensó que todo estaría oscuro mucho antes que él llegase a las primeras casas del pueblo. Entonces lanzó un profundo suspiro al pensar que tenía que enfrentarse con Dame Van Winkle. Mientras descendía, y a cierta distancia, oyó una voz que gritaba:

—¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!

Observó a su alrededor pero únicamente vio un cuervo que volaba solitario a través de las montañas. Creyó que su fantasía lo había engañado y nuevamente se puso en marcha; pero



el mismo grito resonó en la noche desierta: –¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!

Al mismo tiempo, Lobo, enarcando el lomo y lanzando un fuerte gruñido, se aproximó remoloneando a su amo, mirando temeroso hacia la honda cañada. Entonces Rip sintió que una vaga aprensión se apoderaba de él; miró ansioso en la misma dirección y percibió una figura extraña que lentamente emergía de los riscos y se encorbaba bajo el peso de algo que cargaban sus espaldas. Sorprendido de ver a un ser humano en este lugar desierto y alejado, supuso que se trataba de algún vecino que necesitaba ayuda y bajó con rapidez al precipicio.

Al irse aproximando, se sorprendió aún más de la singular apariencia del extraño: era un anciano bajo y rechoncho, con cabellos abundantes y barba gris. Vestía al estilo de la antigua moda holandesa: chaquetón de paño sujeto a la cintura con una correa, varios pares de pantalones, el exterior más voluminoso decorado con hileras de botones a ambos lados y aplicaciones en las rodillas. Sobre sus espaldas llevaba un pesado barrilito, al parecer lleno de licor, y hacía gestos a Rip para que se aproximara y lo ayudara. Aunque algo cauteloso y desconfiado, Rip accedió con su acostumbrada rapidez, y alternándose con la carga treparon a un angosto barranco, al parecer el lecho seco de un torrente de montaña. Mientras ascendían, Rip escuchaba, de cuando en cuando, unos ruidos que semejaban lejanos truenos que parecían salir de un profundo barranco, mejor dicho, de una hendidura situada entre elevadas rocas, hacia donde llevaba el pedregoso sendero. Entonces se detuvo un instante, pero, suponiendo que se trataba de una tormenta transitoria, de esas que con frecuencia se desencadenan en las montañas,

continuó su camino. Atravesando la hendidura, llegaron hasta una concavidad en forma de anfiteatro, rodeada de precipicios perpendiculares; sobre sus bordes en forma tal que apenas se podía distinguir el azulado cielo y la brillante oscuridad de la noche. Todo el tiempo que duró la caminata, Rip y su compañero marcharon en silencio; aunque Rip se preguntaba extrañado para qué transportar un barril lleno de licor a esta salvaje montaña, todavía había algo más raro e incomprensible respecto al desconocido, que le inspiraba espanto pero cierta familiaridad.

Al penetrar en el anfiteatro, nuevas maravillas se mostraron ante los ojos de Rip. En un lugar alto, situado en el centro, un grupo de personajes de aspecto extraño jugaba a los bolos. Sus vestidos eran raros y atractivos y no seguían la moda del lugar. Unos llevaban cortos jubones, otros chaquetas con largos cuchillos en sus cinturones, y la mayor parte de ellos usaba pantalones enormes, semejantes al del guía. También sus rostros eran singulares; uno tenía una cabeza grande, rostro ancho y ojos de cerdo; otro parecía no tener más que nariz y su cara estaba coronada por un sombrero blanco de pan de azúcar, decorado con una cola de gallo pequeña y roja. Todos tenían barba, de distintas formas y colores. Entre ellos, uno parecía ser el jefe: un anciano caballero, grueso y de rostro curtido; vestía un jubón con cintas, cinturón ancho y alfanje, sombrero de copa con pluma, medias rojas y zapatos de taco alto y hebillas. En su totalidad, el grupo recordaba a Rip imágenes de un antiguo cuadro de Fleming que había sido traído de Holanda en la época de la colonización y que ahora estaba en el saloncito de Dominie Van Shaick, párroco del pueblo.

Lo que a Rip le parecía particularmente raro era que estos individuos, aunque con toda seguridad se estaban divirtiendo, mantenían, sin embargo, sus caras serias y en el más misterioso silencio: nunca había presenciado una partida de recreo más lúgubre. Nada interrumpía el silencio de la escena, salvo el ruido de los bolos, que al rodar lanzaban su eco a través de las montañas, como si se tratara de un rodar de truenos.

Cuando se aproximaron Rip y su compañero, ellos abandonaron repentinamente su juego, mirándolo con tal fijeza de estatuas, y con tan extraños, rudos y deslucidos rostros, que el corazón le dio un vuelco y sus rodillas se entrechocaron. Mientras tanto su compañero vaciaba en grandes redomas el contenido del barrilito, haciéndole señas de que esperase cerca del grupo. Obedeció con temor y temblando; los extraños personajes bebieron el licor, en medio de un profundo silencio, y al terminar retornaron a su juego.

El horror y la aprensión de Rip aumentaban por momentos. Cuando nadie lo miraba, se aventuró a probar el brebaje y le encontró el

El horror y la aprensión de Rip aumentaban por momentos. Cuando nadie lo miraba, se aventuró a probar el brebaje y le encontró el mismo sabor de los excelentes vinos holandeses. Como por naturaleza era un espíritu sediento, estuvo dispuesto a repetir el juego.

mismo sabor de los excelentes vinos holandeses. Como por naturaleza era un espíritu sediento, estuvo dispuesto a repetir el juego. Así un trago siguió a otro, y tantas veces visitó las redomas, que, finalmente, sus sentidos se vieron

colmados, los ojos le bailaban, su cabeza se inclinaba poco a poco hasta que al cabo, se sumió en un profundo sueño.

Despertó en la verde loma donde por primera vez había visto al viejecito de la cañada y se restregó los ojos. La mañana era brillante y soleada. Los pájaros volaban de rama en rama y cantaban entre los árboles; el águila giraba en las alturas aspirando el aire puro de las montañas.

“Con seguridad he dormido toda la noche aquí”, pensó Rip.

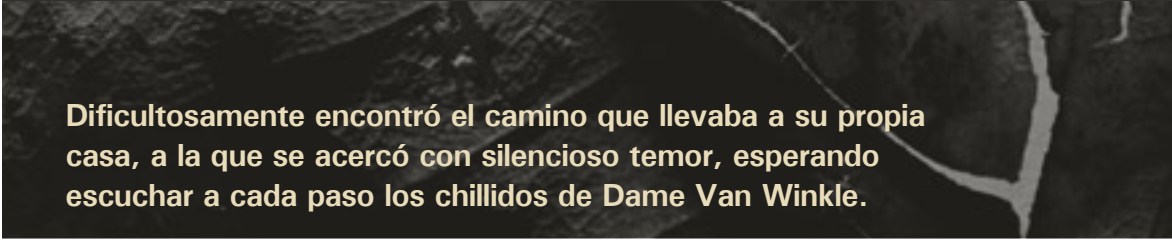
Recordó lo que había sucedido antes de dormirse. El extraño personaje con su barril de licor a la espalda..., la hendidura de la montaña..., la fantástica partida de bolos..., las redomas...

“¡Oh, esa maldita redoma! –pensó Rip–. ¿Qué le diré ahora a Dame Van Winkle?”

Miró en torno suyo, buscando su fusil; pero en vez de la limpia y engrasada escopeta, sólo encontró a su lado un antiguo fusil de chispa, con el cañón enmohecido, el cerrojo roto y la caja gastada. Ahora comenzaba a sospechar que los serios habitantes de la montaña le habían tendido una celada emborrachándolo para robar su fusil. Tampoco estaba Lobo, aunque éste se podía haber extraviado al correr tras una perdiz o una ardilla. En vano silbó y gritó su nombre; el eco repetía sus silbidos y sus gritos, pero el perro no aparecía.

Decidió entonces volver a visitar el lugar de la aventura de la noche anterior: si se encontraba con alguno de la partida preguntaría por su perro y por su fusil. Al ponerse en pie, notó ciertos dolores en las articulaciones y advirtió que había perdido su acostumbrada agilidad.

“No me convencen estas camas de montaña –se dijo Rip–; si esta aventura me trae un reumatismo, tendré una pelea con Dame Van Winkle.”



Difícilmente encontró el camino que llevaba a su propia casa, a la que se acercó con silencioso temor, esperando escuchar a cada paso los chillidos de Dame Van Winkle.



Con cierta dificultad se metió por la cañada. Halló el sendero pedregoso por donde él y su compañero habían ascendido la noche anterior; pero, para su asombro, ahora corría por allí un arroyo montañoso saltando de piedra en piedra y llenando la cañada con sus rumores. No obstante, él hizo enormes esfuerzos por escalar sus laderas abriéndose paso a través de los abedules, hamamelis, sasafrás, y otras plantas. Algunas veces tropezaba o quedaba enredado en las parras salvajes que de árbol a árbol entrelazaban sus ramas o zarcillos y formaban como una red en el sendero.

Por fin llegó al lugar donde la hendidura abierta a través de los riscos conducía al anfiteatro, pero allí no existían rastros de tal abertura. Las rocas formaban una pared alta e impenetrable, y sobre ella rodaba el torrente espumoso para precipitarse en un ancho y profundo estanque, oscuro por las sombras de la floresta que lo circundaba. El buen Rip tuvo que detenerse. Otra vez silbó llamando a su perro; pero sólo le contestó el graznar de unos cuervos perezosos ubicados en lo alto de un árbol seco que se inclinaba hacia un soleado precipicio, y quienes, seguros de su altura, parecían mirarlo y burlarse de las perplejidades del hombre. ¿Qué haría?... La mañana ya había pasado y Rip tenía hambre, ya que no había desayunado. Estaba apenado por la pérdida de su perro y su fusil; temía el encuentro con su mujer, pero no podía morir de hambre entre las montañas. Pesadamente movió la cabeza, colgó a su espalda el rústico y anticuado fusil y lleno de pesadumbre y angustia marchó hacia su casa.

Al aproximarse al pueblo se encontró con varias personas, pero él no reconoció a nadie, cosa que lo sorprendió, porque creía conocer a toda la gente del pueblo y de sus alrededores. Los vestidos que vio eran de una moda dife-

rente a la que él estaba habituado. Todos lo miraban con curiosidad, e invariablemente al observarlo se tocaban la barbilla. La repetición de este gesto llevó involuntariamente a Rip a hacer lo mismo..., y con gran sorpresa se encontró con una larga barba de un pie.

Ya había pasado los límites del pueblo. Un montón de niños desconocidos corría junto a sus talones, gritando y señalando su larga barba gris. Ni siquiera lo reconocían los perros, pues a su paso le ladraban.

Todo el pueblo estaba transformado; era más grande y tenía más gente. Había manzanas de casas que jamás había visto antes, y las que le eran familiares, habían desaparecido. Las puertas ostentaban nombres desconocidos, rostros extraños en las ventanas; todo era muy raro. Su pensamiento empezó a vacilar; comenzó a dudar si él y el mundo que lo circundaba no estarían hechizados. Estaba seguro de que este era su pueblo natal, que él había abandonado nomás el día anterior. Allí están las montañas Kaatskill, allí corría el plateado Hudson..., más allá se elevaban como siempre los cerros y cañadas, Rip se había quedado dolorosamente atónito.

“Este barril de anoche –reflexionó–, ha transformado mi pobre cabeza en una olla de grillos.”

Difícilmente encontró el camino que llevaba a su propia casa, a la que se acercó con silencioso temor, esperando escuchar a cada paso los chillidos de Dame Van Winkle. Halló la casa hecha escombros, el techo caído..., las ventanas rotas y las puertas salidas de sus goznes. Un perro hambriento, parecido a Lobo, remoloneaba cerca de la casa. Rip lo llamó por su nombre, pero el perro gruñó, le mostró los dientes y huyó. Esto era verdaderamente incomprensible. –¡Hasta mi propio perro me desconoce! –se quejó el pobre Rip.

Entró en la casa, que a decir verdad, Dame Van Winkle siempre tenía limpia y ordenada. Ahora estaba desierta, sucia y, al parecer, abandonada. La angustia venció todos sus temores conyugales..., y en voz alta llamó a su esposa y a sus hijos. Las habitaciones vacías se llenaron por un instante con la potencia de su voz, pero luego todo volvió al silencio.

Entonces empezó a correr, dirigiéndose a su viejo refugio, la posada del lugar..., pero también había desaparecido. En su lugar se levantaba un edificio de madera, grande y ruinoso, con grandes ventanas, algunas rotas y remendadas con viejos sombreros y con enaguas; sobre la puerta se leía: Hotel de la Unión de Johnatan Doolittle. En vez del enorme árbol que resguardaba con su sombra la pacífica posadita holandesa de otros tiempos, ahora se alzaba una alta pértiga sin ramas ni hojas, con algo en lo alto que semejava un gorro de dormir rojo, y allí ondeaba una bandera, donde se agrupaba una serie de barras y estrellas. Todo era muy extraño e incomprensible. Sin embargo, reconoció la rubicunda faz del rey Jorge III, bajo la cual había fumado tranquilamente tantas pipas; pero aun esto había concluido, se había transformado: un traje azul con piel de ante sustituía el traje rojo; en la mano ya no llevaba cetro sino una espada; cubría su cabeza con un sombrero de tres picos, y debajo de él y con grandes caracteres se leía el nombre de General Washington.

Como siempre, un grupo de personas estaba cerca de la puerta, pero Rip no conocía a nadie. El verdadero carácter del pueblo parecía haberse transformado. En todo él existía un ambiente de disputa, actividad y bullicio que reemplazaba la habitual tranquilidad, flemática y soñolienta. En vano buscó con la mirada al sabio Nicholas

Vedder, con su rostro ancho, con su barbilla y su larga pipa, echando nubes de humo en lugar de conversar perezosamente; o a Van Bummel, el maestro, leyendo en voz alta algún periódico antiguo. En su lugar había allí un hombre delgado, de apariencia biliosa, con los bolsillos repletos de prospectos, arengando con vehemencia sobre los derechos civiles, las elecciones, los miembros del Congreso, la libertad, acerca de la colina de Bunker, los héroes del '76 y otras muchas cosas que eran un perfecto galimatías para el maravilla-

do Van Winkle. La llegada de Rip, con su larga barba gris, su rústico fusil, su extraña vestimenta, y el séquito de mujeres y niños a sus talones, pronto llamó la atención de los políticos tabernarios. Juntándose a su alrededor, lo miraron de pies a cabeza con gran curiosidad. El orador se le abalanzó y, llevándolo aparte, le preguntó “a qué partido iba a votar”. Rip lo miró sin saber qué decir. Otro individuo bajito, y al parecer muy activo, lo agarró por el brazo y, subiéndose sobre las puntas de sus pies, le preguntó al oído:

–¿Es usted federal o demócrata?

Tampoco ahora Rip podía comprender la pregunta. Entonces un anciano caballero, orgulloso y altivo, tocado por un sombrero de tres pi-

Todo el pueblo estaba transformado; era más grande y tenía más gente. Había manzanas de casas que jamás había visto antes, y las que le eran familiares, habían desaparecido. Las puertas ostentaban nombres desconocidos, rostros extraños en las ventanas; todo era muy raro.

cos, atravesó el grupo, abriéndose camino con los codos a derecha e izquierda y plantándose delante de Rip, con una mano en la cadera, el sombrero encajado, la otra mano enarbolando el bastón, lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Con qué intenciones viene usted a las elecciones cargando ese fusil y con ese populacho ruidoso a sus talones? ¿Es que se quiere usted promover en el pueblo?

—¡Ay, señores! —dijo Rip jadeante—. Soy un hombre tranquilo e inofensivo, natural del lugar, y un individuo leal al rey, nuestro señor, a quien Dios bendiga.

Entonces estalló un ensordecedor griterío entre los espectadores.

—¡Un tori! ¡Un tori!... ¡Un refugiado! ¡Un espía! ¡Afuera con él!...

Con mucha dificultad el hombre del sombrero de tres picos pudo restablecer la calma y asumiendo una autoridad diez veces mayor que la real, pidió nuevamente al forastero que le

momento y luego preguntó:

—¿Dónde está Nicholas Vadder?

Se produjo un corto silencio y un anciano contestó con voz fina y cascada:

—¿Nicholas Vadder? Murió y lo enterraron hace dieciocho años. En el patio de la iglesia existía una lápida de madera en que decía todo lo referente a él; pero se pudrió y también desapareció.

—¿Dónde está Brom Dutcher?

—¡Oh! Al comienzo de la guerra se fue al ejército; algunos dicen que lo mataron en el asalto de Stony Point...; otros aseguran que murió en una batalla al pie de Anthony's Nose. Lo cierto es que nunca más regresó.

—¿Dónde está el maestro Van Bummel?

—También fue a la guerra. Llegó a ser un gran general de milicias, y ahora está en el Congreso.

Rip desfallecía al conocer todas estas noticias de su hogar y de sus amigos; y de pronto se encontró solo en el mundo. Cada respuesta lo sumía en un mar de confusiones, por referirse a tiempos y a asuntos que le eran incomprendibles: la guerra..., el Congreso..., Stony Point.... No se animó a preguntar por ningún otro amigo, pero gritó ya desesperado:

—¿Nadie conoce a Rip Van Winkle?

—¡Oh! ¡Rip Van Winkle! —dijeron algunos—. ¡Claro que sí! Allí está, apoyado contra el árbol. Ése es Rip Van Winkle.

Rip miró hacia donde le señalaban y vio una segunda versión de sí mismo antes de marcharse a la montaña: tan perezoso y tan holgazán seguramente, como él mismo. El pobre hombre estaba ahora completamente confundido. No sabía bien quién era en realidad. En medio de su sorpresa, el hombre del tricorno le preguntó cuál era su nombre.

—Dios sabe —exclamó en su inocencia—. Yo no soy yo. Debo ser algún otro..., ese que está

fl

allí..., no..., ése es otro puesto en mis zapatos... Anoche yo era yo, pero me dormí en la montaña y ellos me cambiaron el fusil y me lo han cambiado todo, y yo estoy transformado y no puedo decir cómo me llamo ni quién soy... los presentes comenzaron a mirarse unos a otros, moviendo la cabeza significativamente y haciendo señas de que Rip estaba loco. Hubo también cuchicheos sobre si debían tomar el fusil y alejarlo del viejo para que éste no pudiera cometer cualquier locura, a cuya sugerencia el hombre altivo del tricorno se retiró precipitadamente. En este crítico momento, una mujer joven y gentil trató de echar una ojeada sobre el viejo de las barbas grises. La mujer llevaba en sus brazos un niño gordinflón que, asustado del viejo, comenzó a llorar.

—¡Calla Rip! —le gritó su madre—. Calla, niño. El viejo no va a hacerte ningún daño.

El nombre del niño, el aspecto de la madre, el timbre de su voz despertaron en el viejo una serie de recuerdos.

—Buena mujer, ¿cuál es su nombre? —preguntó.

—Judith Gardenier.

—¿Y el de su padre?

—¡Ah, desdichado! Rip Van Winkle se llamaba; hace ya veinte años se marchó de casa con su fusil y jamás supimos nada de él... Sólo su perro regresó a casa; pero nadie puede decir si se mató o si se lo llevaron los indios. Yo entonces era sólo una niña.

Rip ya no tenía más preguntas, pero con voz desfallecida dijo:

—¿Y dónde está su madre?

—¡Oh! También ella murió poco tiempo después; arrebatada de pasión por un buhonero de New England, se le rompió una vena.

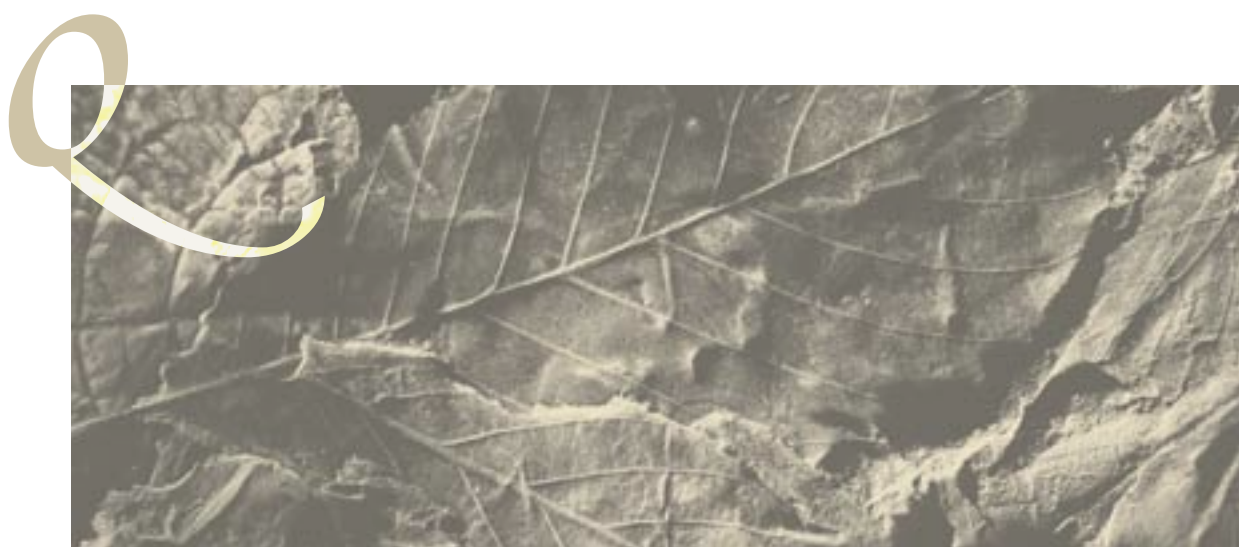
Por lo menos, en esta respuesta había algo de consuelo. El hombre no pudo contenerse más



y tomando a su hija y a su nieto en sus brazos gritó:

—Soy tu padre. El joven Rip Van Winkle de ayer..., el viejo Rip Van Winkle de hoy... ¿Nadie reconoce al desdichado Van Winkle?

Todos permanecían atónitos, hasta que, por fin, una anciana avanzó por entre el grupo, y acercándosele le puso una mano en la barbilla, lo miró por un momento fijamente y exclamó: —Efectivamente. ¡Es verdaderamente Rip Van Winkle! Bienvenido, viejo vecino... Pero, ¿dónde te has metido durante estos largos veinte años? La aventura de Rip pronto fue conocida; para él los veinte años pasados habían sido una sola noche. Los vecinos quedaron estupefactos cuando oyeron eso; nadie pestañeaba ni decía nada y el orgulloso hombre del sombrero de tres picos, que se había marchado inquieto, retornó a su lugar, torció la comisura de los labios y movió significativamente la cabeza...,



por cuanto hubo un movimiento general de cabezas en toda la asamblea. No obstante, se determinó pedir su opinión al viejo Peter Vanderdonk, que lentamente avanzaba por el camino. Era descendiente del historiador del mismo nombre, el que había escrito uno de los primeros acontecimientos de la provincia. Peter era el habitante más anciano del lugar y estaba bien informado de todos los sucesos y tradiciones maravillosos de la vecindad. Al momento reconoció a Rip y corroboró su relato de una manera satisfactoria. Aseguró a la asamblea que era una realidad, ya señalada por su antepasado el historiador, que las montañas Kaatskill siempre habían estado encantadas por extraños seres; que eso confirmaba el gran Hendrick Hudson, descubridor del río y el país, cada veinte años aparecía allí vigilando, acompañado de su grupo de *half-moon*, ya que así podía visitar los paisajes de sus antiguos dominios y mantenerse ojo avizor sobre el río y la ciudad que llevan su nombre. Aseguró también que su padre los había visto vestidos a la vieja usanza holandesa jugando a los bolos en una hondonada de la montaña y que incluso él mismo, en una tarde de verano, había oído el ruido de los bolos que semejaban truenos lejanos.

Para acortar la historia, el grupo se deshizo

y retornó a lo que más le preocupaba: las elecciones. La hija de Rip se llevó a éste a su hogar para que viviera con ella; tenía una casa muy cómoda y bien amueblada y por marido un granjero grueso y alegre, en quien Rip reconoció a uno de los niños que solían colgarse a sus espaldas. En cuanto a su hijo y heredero, que era una copia fiel de él y a quien había visto apoyado contra el árbol, estaba contratado para trabajar en la granja; pero mostraba una disposición hereditaria a ocuparse de todos los demás antes que de sus propios asuntos. Rip retornó a sus antiguos paseos y hábitos; pronto encontró a muchos de sus íntimos amigos, todos en peor situación física que él a causa de los padecimientos y del paso del tiempo; por lo tanto prefirió hacer nuevas amistades entre los jóvenes, con los que en

Como en casa no tenía nada que hacer, y habiendo llegado a esa edad en la que un hombre puede holgazanear impunemente, una vez más ocupó su puesto en el banco ubicado en la puerta de la posada y fue reverenciado como patriarca del pueblo y como cronista de tiempos pasados, de la época “anterior a la guerra”.

seguida estuvo a tono.

Como en casa no tenía nada que hacer, y habiendo llegado a esa edad en la que un hombre puede holgazanear impunemente, una vez más ocupó su puesto en el banco ubicado en la puerta de la posada y fue reverenciado como patriarca del pueblo y como cronista de tiempos pasados, de la época “anterior a la guerra”. Tuvo que pasar algún tiempo antes de que pudiese tomar parte en la chismografía o comprendiese los extraños sucesos que habían ocurrido durante sus sueños. Había habido una guerra revolucionaria, el país se había liberado del yugo de la vieja Inglaterra, él ya no era súbdito de su majestad Jorge III, sino un ciudadano libre de los Estados Unidos; todo era aún incomprensible para Rip. Pero él no era político; los cambios de estados e imperios no lo impresionaban; para él sólo existía una especie de despotismo odioso contra el cual siempre había combatido: el gobierno de las faldas. Felizmente eso se había terminado para él; ya tenía la nariz fuera de las garras del matrimonio y entraba y salía a su placer sin que ninguna Dame Van Winkle lo controlase. Sin embargo, apenas se mencionaba su nombre, él movía la cabeza, alzaba los hombros y elevaba los ojos al cielo, lo cual podía considerarse un gesto de resignación por su destino o de alegría por su libertad.

Adquirió la costumbre de contar su aventura a cuanto forastero llegase al hotel de mister Doolittle. Al principio observó que cada vez que la contaba variaba algunos puntos de su relato, lo cual era, sin duda, a causa de haberse despertado tan recientemente. En verdad, es tal como yo lo he relatado, y todos en el lugar, hombres y mujeres, niños, se lo sabían de memoria. Algunos han pretendido dudar de la realidad de

Washington Irving (1783–1859)

Reconocido entre los grandes maestros de la literatura universal, nació en Nueva York en 1783. Abogado y periodista, en 1809 escribió *Historia de Nueva York*. En 1815 se fue a vivir a Liverpool y allí trabó amistad con importantes hombres de letras: Walter Scott y Thomas Moore, entre otros.

Escribió ensayos y relatos publicados en *Libro de apuntes* (1820), entre los cuales se destacaron: “Rip Van Winkle” y “La leyenda de Sleepy Hollow”.

En Madrid, integrando el cuerpo diplomático de su país, escribió *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* (1828) y *Cuentos de la Alhambra* (1832).

Nuevamente en Estados Unidos en 1846, regresó a Sunnyside, su casa de campo, y allí falleció el 28 de noviembre de 1859.

Otras obras: *El libro de los bocetos* (1819–20), *Bracebridge Hall* (1822), *Cuentos de un viajero* (1824), *Crónica de la conquista de Granada* (1829), *Cuentos del antiguo Nueva York* (1835), *Viaje por las praderas* (1835), *Los buscadores de tesoros* (1847), *Oliver Goldsmith* (1849), *Mahoma y sus sucesores* (1850) y *Vida de Washington* (5 volúmenes, 1855–1859).

esta historia e insistieron en que Rip estaba loco y que en este relato su protagonista no daba nunca pie con bola. Pero los antiguos habitantes holandeses le daban completo crédito. E incluso ahora, siempre que oyen una tormenta, en las tardes de verano, cerca de las montañas Kaatskill, dicen que Hendrick Hudson y su gente continúan jugando a los bolos; y todos los maridos dominados de la vecindad, cuando la vida matrimonial les pesa demasiado, desearán poder beber un trago de vino de la copa de Rip Van Winkle. ♦

Traducción de Violeta Nevares

Notas biográficas



❖ Rosana Gutiérrez

Nació en Buenos Aires. Es artista plástica, narradora, poeta y periodista. Forma parte del grupo Conjurados, proyecto colectivo de un grupo de autores de diversos países (Argentina, Cuba, España, Uruguay), que deciden reunir en un libro, *Letras de la conjura*, los resultados de un año de intercambios a través de una lista de correo electrónico.

❖ Juan Bautista Duizeide

Nació en Mar del Plata en 1964. Egresó de la Escuela Nacional de Náutica como piloto de ultramar y navegó en toda clase de buques mercantes. Estudió periodismo en la Universidad Nacional de La Plata. Su primera novela, *En la orilla*, obtuvo el Premio Nacional de Narrativa Breve Leopoldo Marechal 2004. Actualmente, trabaja como periodista. La novela *Kanaka* obtuvo el primer lugar en el Premio Casa del Escritor de Novela Corta 2004, organizado por la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en el marco del Año Cortázar.

❖ Federico Levin

Nació en Rosario, Santa Fe, en 1982. Trabajó como guionista de televisión y como periodista. Publicó artículos en la revista *Debate*, *Elatico.com*, diario *Olé*, revista *La Otra*, *Juliana Periodista* y *Maxim*. Publicó en 2000 la novela *Historias higiénicas* en el Grupo Editor Latinoamericano.

❖ Fredric Brown

Nació en 1906 en Ohio. Trabajó durante años como corrector de galeras en el *Milwaukee Journal*. En 1937 publica *Monday's Off Night*, el primero de sus relatos de misterio. En 1941 aparece su primer relato de ciencia ficción, *Armagedón*. Se dedica a escribir a tiempo completo tras la publicación de su primera novela policial, *La trampa fabulosa* (1947). Muere en 1972, tras permanecer dos años internado en un hospital.

❖ Ambrose Bierce

Nació en Meigs County (Ohio). Escritor satírico y periodista estadounidense. Prestó sus servicios en el ejército de la Unión durante la Guerra Civil estadounidense (1861–1865). En 1913 viajó a México donde participó en la Revolución Mexicana

junto con Pancho Villa y nunca más se supo de él. Sus *Obras completas* se publicaron en 12 volúmenes, su libro más popular es el *Diccionario del diablo*, titulado originalmente *Diccionario del cínico* (1906).

❖ Jorge Accame

Nació en Buenos Aires en 1956. Desde 1982 está radicado en Jujuy. Graduado en Letras, es escritor y profesor. Ha publicado: *Punk y circo*, *Golja* (poesía), *Día de pesca*, *¿Quién pidió un vaso de agua?*, *Cuarteto en el Monte*, *El Jaguar*, *El Mejor tema de los '70* y *Diario de un explorador* (cuentos).

❖ Juan Rodolfo Wilcock

Nació en Buenos Aires en 1919. Fue ingeniero, poeta, narrador, ensayista, traductor, historiador de costumbres y autor teatral. Entre sus obras: *Primer libro de poemas y canciones* (1940), *Hechos inquietantes* (1960). En la década del '50 se traslada a Italia y muere allí en 1978, luego de publicar gran parte de su obra en italiano. "Los donguis" integran *El caos*, colección de cuentos, editado por primera vez en 1974.

❖ Horace Walpole

Nació en Londres en 1717 y murió en 1797. Tras estudiar en el Eton College y la Universidad de Cambridge, viajó por Francia e Italia con el poeta inglés Thomas Gray. Fue parlamentario pero su carrera política se limitó al ejercicio de cargos menores. En 1757 compró una imprenta y editó libros exquisitos que influyeron en el desarrollo de la impresión y la producción editorial en Inglaterra. Walpole es conocido ante todo por su novela *El castillo de Otranto* (1764).

❖ Spencer Holst

Nació en 1926, en Ohio y pronto se mudó a Nueva York donde se convirtió en escritor. Muere el 23 de noviembre de 2001 en esa ciudad. Es un narrador a contracorriente, mezcla de Hans Christian Andersen y de Franz Kafka. Sus trabajos han aparecido en docenas de revistas literarias norteamericanas.

❖ Héctor A. Murena

Nació en 1923 y murió en 1975. Es autor de una docena de títulos importantes, tanto en el campo del ensayo como en el de la poesía y la novela. En-

tre sus libros podemos destacar *El pecado original de América*, *Homo Atómico*, *Ensayos sobre subversión* y *La cárcel de la mente*. También se dedicó a la traducción, entre otros autores, de Theodor W. Adorno y Max Horkheimer.

❖ Enrique González Tuñón

Nació en Buenos Aires en 1901 y murió en Cosquín en 1943. Fue narrador y periodista. Igual que su hermano Raúl, fue un personaje clave de la bohemia literaria de los años de Boedo y Florida, pero resulta difícil identificarlo con uno u otro grupo en forma excluyente. Colaboró en *Martín Fierro* y en *Proa*. Su obra más conocida es *Camas desde un peso* (1932).

❖ Leopoldo Lugones

Nació en Córdoba en 1874 y se suicidó en Tigre en 1938. Poeta y ensayista, fue el máximo exponente del modernismo argentino y una de las figuras más influyentes de la literatura iberoamericana. Podemos destacar entre sus obras *Las fuerzas extrañas* (1906), *Lunario sentimental* (1909), *Historia de Sarmiento* (1911), *El payador* (1916).

❖ Jacques Cazotte

Nació en Dijon en 1720. Recibió su educación inicial de los padres jesuitas, a la que permaneció fiel durante toda su vida. Ingresó en la Marina hacia 1747. Con el grado de comisario se trasladó a Martinica donde desempeñó un alto cargo administrativo. Allí se casó con Elisabeth Roignan, hija del primer juez de la isla. Comenzó a escribir desde joven, alcanzando celebridad por su veta fantástica hacia 1749. Murió ejecutado, acusado de conspirar contra la república a las 7 de la tarde del 25 de septiembre de 1792 en la Plaza del Carroussel.

❖ Ramón Gómez de la Serna

Nació en Madrid. Un iconoclasta con respecto a las artes y tendencias culturales, se mostró como un vanguardista de las vanguardias. Fue un autor prolífico con más de cien libros de todos los géneros y de la greguería. Con Azorín fundó el PEN Club español. Al estallar la Revolución española marchó a Buenos Aires. Falleció el 12 de enero de 1963. Entre sus obras: *Retratos*, *Greguerías*, *Senos*.

❖ Silvina Ocampo

Nació en Buenos Aires en 1903. En su juventud estudió dibujo en París con Giorgio de Chirico. Obtuvo el Premio Municipal por *Espacios métricos* (poesía) en 1954, el Segundo Premio Nacional de Poesía por *Los nombres* en 1953, el Premio Nacional de Poesía por *Lo amargo por dulce* en 1962, y el Premio del Club de los 13 por *Cornelia frente al espejo* en 1988. Murió en Buenos Aires en 1994.

❖ Pedro Favarón

Nació en 1979 en Lima, Perú. Estudió periodismo en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Ha publicado trabajos literarios en medios peruanos. Escribió, dirigió y actuó en la obra de teatro *Movimiento al andrógino: acción irrepetible*. También publicó *Caminando sobre el abismo*. *Vida y poesía en César Moro*. Actualmente colabora con *Le Monde diplomatique* y *Revista cultural* Ñ. Los poemas que publicamos son un adelanto del libro que saldrá en la editorial Tsé–Tsé.

❖ Ana Porrúa

Nació en Buenos Aires, se doctoró en letras (UBA) bajo la dirección de Beatriz Sarlo. Se dedica a la poesía y a la crítica literaria. Colaboró en *Diario de Poesía*, *Hablar de Poesía*, *La Maga*, *Vox virtual*, *Paradón*, *Sirco*, *Zona de debate*, entre otras publicaciones especializadas. Actualmente es editora de la sección *Reseñas* del sitio virtual de la revista *Punto de vista*.

❖ Fernanda García Lao

Nació en Mendoza, y se exilió junto con sus padres en Madrid en 1976. A mediados de 1993, se estableció definitivamente en Buenos Aires. Entre 1996 y 1997 estudió actuación con Ricardo Bartís. Es autora de las obras de teatro *La debilidad*, *El Cordón*, *Brillo animal* y *Ser el amo (clases de miseria)*. También *Coro de inmorales*, *La perfecta otra cosa* (3^{er} Premio Casa del Escritor de Novela Corta 2004) y *Morder la mano*.



Invitados: Sergio Bizzio / Oliverio Coelho / Florencia Abbate / Martín Kohan / Carlos Battilana / Pablo Ramos / Fabián Casas / Esther Cross / Jose María Brindisi / Juan José Becerra / Walter Cassara / Eduardo Rinesi / Alejandro Tantanián / Alejandro Rubio / Ricardo Forster / Alejandro López / Gabriela Bejerman / Perla Suez / Daniel Chirom / Gustavo Ferreyra / Marcos Herrera / Amalia Sato / Horacio Zabaljáuregui / Emilio Vitali / Federico León / Leopoldo Brizuela
Conducción: Guillermo Piro / **Asesora de contenidos:** Manuela Fingueret



opción

LIBROS

2

Ahora tenés más para elegir. Buscá Opción Libros en las mejores librerías

Boutique del Libro Junco Palermo, loc. 1013 - Thames 1762 / Capítulo 2 Alto Palermo Shopping loc. 8 / Av. Santa Fe 3253 - Galerías Pacífico Shopping loc. 128 / Clásica y Moderna Av. Callao 892 / Crime Libros Lavalle 985 / Del Marmol Libros Gorriti 3538 / De la Mancha Libros Av. Corrientes 1888 / Gambito de Alfil José Bonifacio 1402 / Gandhi Galema Corrientes 1743 / La Librería de Ayala Adolfo Alsina 500 / Librería Caleidoscopio Echeverría 3058 / Librería de las Luces Av. de Mayo 979 / Librería del Centro Cultural de la Cooperación Corrientes 1543 / Librería El Ave Fénix Av. Pueyrredón 1753 / Librería Galema Santa Fe 3331 - Cabañito Shopping Rivadavia 5101 - Cabildo 1852 - Del Parque Shopping Nazareno 3175 - Plaza Liniers Shopping Ramón Falcón 7115 / Librería Guadalupe Av. Callao 1012 / Librería Hernández Av. Corrientes 1436 - Av. Corrientes 1311 / Librería La Barca Scalabrini Ortiz 3048 / Librería Norte Av. Las Heras 2225 / Librería Paidós - Del Fondo Av. Santa Fe 1685 / Librería Paradigma Mauro 1786 / Librería Peluffo Av. Corrientes 4276 / Librería Rodríguez Cabildo 1949 Local 4 y 6 / Librerías Santa Fe Alto Palermo Shopping loc. 76 / Av. Santa Fe 3253 - Av. Santa Fe 2592 - Av. Santa Fe 2376 - Av. Callao 335 / Libros Delfos II Av. Cabildo 3850 / Lilita Libros Av. Santa Fe 3753 / Lord Byron Libros 25 de Mayo 392 / Mascará Libros Av. Santa Fe 2529 / Monod Libros Montevideo 846 / Odilon Libros Av. Independencia 3018 / Otra Urvia Libros Bulnes 640 / Prometeo Libros Av. Corrientes 1916 - Hoeduras 4812 / Sirena Libros Av. Corrientes 1523 / Tiempos Modernos Libros Cuba 1921

www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/industrias